

Que fuera mi tierra

Anuario 2015
Intervenciones en fosas comunes del franquismo en Andalucía



Juan Miguel Baquero

Que fuera mi tierra Anuario 2015

Intervenciones en fosas comunes del franquismo en Andalucía

Juan Miguel Baquero

*La historia de mi tierra fue actuada
por enemigos enconados de la vida.
El daño no es de ayer, ni tampoco de ahora,
sino de siempre. Por eso es de hoy.
(Es lástima que fuera mi tierra)*

Luis Cernuda

Edita: Extra! Comunicación

Colabora: Dirección General de Memoria Democrática,
Consejería de Cultura. Junta de Andalucía.

- © Extra! Comunicación, 2016
- © De los textos: Juan Miguel Baquero
- © Del prólogo: Reyes Mate
- © De la presentación: Rosa Aguilar
- © De las fotografías: Juan Miguel Baquero
- © De la fotografía de J.M. Baquero: Ana Ordaz
- © Fotografías de Obejo, La Pañoleta (Camas), La Campana,
Puebla de Guzmán y El Castillo de las Guardas: equipos arqueológicos
- © De la fotografía de la página 30: José Manuel Vázquez Lazo
- © De las fotografías de las páginas 88 y 90: Francisco Javier Pérez Guirao

Diseño y edición gráfica: Jacinto Gutiérrez

Primera edición: Sevilla, 18 de julio de 2016

Depósito legal: SE 900-2016

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de la misma.

Sumario	PÁG.
9	Prólogo
11	Presentación
13	Introducción
15	Paterna de Rivera
27	Zalamea la Real
35	Obejo
43	El Madroño
55	Camas
59	La Campana
63	Arahal
67	Adamuz
73	Puebla de Guzmán
77	El Castillo de las Guardas
81	Cádiz
85	Puerto Real

Prólogo



Quedamos como el nido al que le dan con una escoba», dice Luis Vega, 87 años, mientras recuerda cómo asesinaron a su madre y a su padre cuando él era un niño. Aquel terror de los sublevados, tan gratuito como concienzudo, tenía una pretensión de largo alcance: desestructurar las familias republicanas, infundir miedo y borrar huellas. Si hoy, ochenta años después, presentamos estos relatos como novedades es porque aquella estrategia funcionó. Consiguieron anestesiar a las generaciones siguientes hasta el punto de que hoy el recuerdo de este sufrimiento inútil e injusto resulta para muchos provocativo. Los verdugos de antaño no sólo fueron eficaces matando indiscriminadamente sino también invisibilizando el crimen, esto es, haciéndole insignificante. Herederos políticos de aquellos matones se han permitido el lujo de ningunear la Ley 52/2007, llamada de la Memoria Histórica, de tal forma que tomar en serio su letra y su espíritu, como quiere este Anuario 2015, resulte una

excepción. Todos callaron... pero no las víctimas. Aquellos niños de antaño que asistieron desolados al asesinato de los suyos y que crecieron en una orfandad lacerante, porque había que escarmentarles, son hoy los testigos pacientes que pueden cancelar el largo duelo dando digna sepultura a cuerpos abandonados «como perros». La sociedad debería entender que identificar a los desaparecidos y darles sepultura no es sólo un gesto de justicia para los muertos sino de piedad para los vivos. Si la sociedad española olvidó tanto es porque algo de su humanidad murió con aquellos crímenes. Esa pérdida nos ha configurado, de ahí muchos de los vicios que lastran la política y la convivencia. Sólo podemos recuperar la humanidad sacrificada recordando a sabiendas que la memoria no es sólo acordarse del pasado sino reconocer el sufrimiento sobre el que está construido nuestro presente.

Reyes Mate
Filósofo

Presentación

La futura Ley de Memoria Democrática de Andalucía supone un importante paso más en la larga trayectoria de atención a las víctimas mantenida por la Junta de Andalucía en los últimos 15 años, en los que ha impulsado normas e iniciativas que sitúan a nuestra comunidad en la vanguardia del desarrollo de políticas de memoria en España y que han contado con el respaldo y estímulo de los colectivos de víctimas y las familias.

Un proceso en el que el Gobierno andaluz hace suya la petición expresa de la ONU de trasladar las políticas memorialistas del ámbito privado a la esfera pública al destacar la importancia de investigar las desapariciones y facilitar el derecho a la verdad de las víctimas y sus familiares. Es lo que hacemos al desarrollar las actuaciones necesarias para la recuperación e identificación de las víctimas desaparecidas, como así recogen el Decreto 334/2003, de 2 de diciembre y la Ley 52/2007, de 26 diciembre.

De esta forma, la Consejería de Cultura da respuesta efectiva a una justa reclamación ciudadana, como es la recuperación física de los restos y la dignificación del recuerdo de las víctimas, en colaboración estrecha con familiares, entidades memorialistas, equipos técnicos y administraciones locales y provinciales.

Queda, desde luego, mucho por hacer todavía, pero indudablemente 2015 ha supuesto un claro impulso, como así queda reflejado en este volumen, avalado por la excelencia profesional de su autor, Juan Miguel Baquero. Su solvencia en el campo del periodismo, unida a una profunda sensibilidad, le lleva a plasmar en sus textos el trabajo realizado, con un resultado que sólo es posible cuando un autor pone su corazón y su talento en lo que hace.

La obra, además, se refuerza con la aportación de una figura capital de la Filosofía imbricada en la Memoria, como el profesor Reyes Mate, con el que compartimos que el trabajo que en este Anuario se refleja es un acto de justicia y de reparación. La sociedad andaluza, madura y consolidada desde el punto de vista político y democrático, es perfectamente capaz de asumir la verdad de lo acontecido, y con el esfuerzo de todas y todos avanzamos juntos en la construcción de un relato común para un futuro mejor de convivencia y tolerancia.

Rosa Aguilar Rivero

Consejera de Cultura de la Junta de Andalucía

Introducción

Como escribiera el poeta Luis Cernuda, *es lástima que fuera mi tierra*. Y así navegamos al realizar el *Anuario 2015 de intervenciones en fosas comunes del franquismo en Andalucía*, como una suerte de exiliados. Tocamos apenas la tierra, la envoltura que durante décadas cubrió historias inconclusas, para recuperar vidas quebradas por la barbarie. Con un deseo: crear memoria contra el olvido. Aportar, acaso, un grano de arena a la verdad, justicia y reparación. Empatía es la capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos. Y es imposible pasar de largo ante ojos que estallan en lágrimas. O caer en falsas equidistancias, no apartar a víctima de verdugo.

La represión golpista ejerció la dominación aplicando el terror, desde la sucesión de actos criminales ejecutados con fines políticos. Terrorismo, según el diccionario español. El testimonio está en miles de crímenes de lesa humanidad que yacen en sepulturas ilegales y estallan España en un interminable e ignominioso mapa de fosas comunes.

Quienes fueran muertos a balazos nunca se fueron. Tocar la memoria significa entender que el afecto familiar sigue intacto a pesar de los años transcurridos. Que no basta el desprecio de un país que ignora el mandato de los derechos humanos más elementales para acabar con el recuerdo de los desaparecidos forzados. Andalucía, como ejemplo, hace camino al andar.

Gracias a los colectivos memorialistas, a los equipos técnicos, arqueólogos y antropólogos, y a las instituciones públicas que participan en tan inexcusable labor. Entre todos facilitaron la elaboración de un trabajo que a través de textos y fotografías viene a ser un recuento de relatos truncados. Un libro de historias. Y nuestra gratitud eterna para las víctimas del franquismo. Sembraron libertad y democracia. Ellos son memoria viva. Salud.

Juan Miguel Baquero
Periodista

*Otra vez tú, poniendo flores
sobre la tumba improvisada.*

Rafael Alberti



Paterna de Rivera (Cádiz)

Como el nido al que dan con una escoba

Ficha

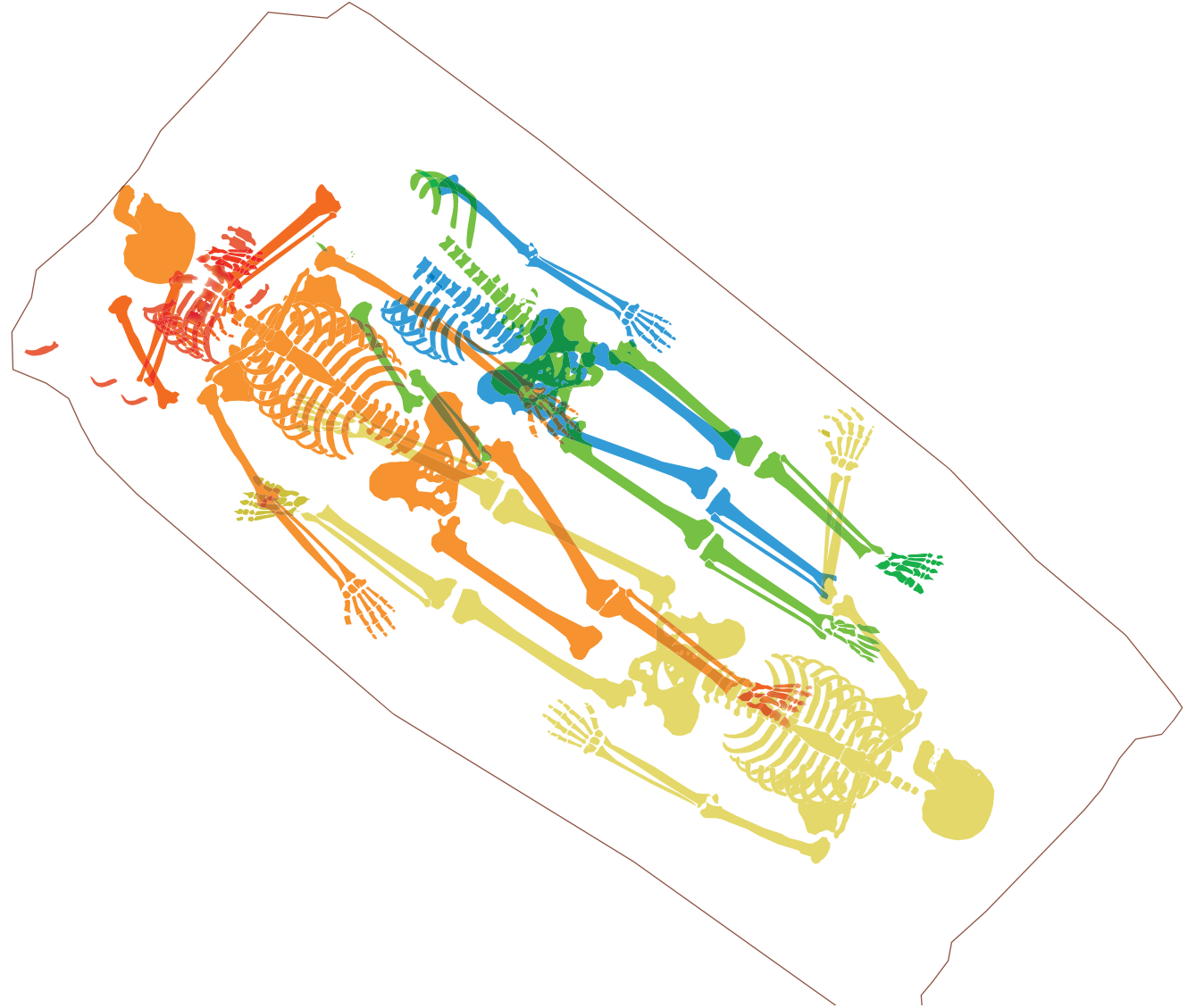


Localización **Cementerio
de Paterna de Rivera**

Número
de víctimas **10**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 23
de julio de 1936**

Equipo técnico
**Jesús Román,
Juan Manuel Guijo
y Bárbara Carrasco**



Paterna de Rivera (Cádiz)

Como el nido al que dan con una escoba



Mis niños, mis niños». Como un desgarrar, el grito de Catalina Sevillano cae escaleras abajo. Un grupo de falangistas saca al arrastre a la mujer, que enfila un desenlace inequívoco: la muerte a balazos a manos de golpistas.

Dos de sus hijos asisten a la terrorífica escena por los restos tatuada en la memoria de Francisco, de 23 meses de edad, y de Luis, con siete años. Casi ocho décadas pasan hasta que la tierra rompe en Paterna de Rivera (Cádiz) en busca de sus restos. O los del padre, Francisco Vega, asesinado días después.

Una mujer, otra mujer. La represión franquista se ceba contra quienes osaron cuestionar el orden establecido. Crímenes, aún impunes, arrojados por el oscuro manto tejido en la dictadura. La justicia, la verdad al menos, florece en un rincón de la comarca gaditana de La Janda al sol del trabajo arqueológico que

rescata a víctimas del alzamiento militar contra el orden republicano. Diez, de cerca de 40 ejecutados, esparcidos en enterramientos ilegales.

Paterna, «como la mayoría de los pueblos de Cádiz», cae presa de los rebeldes «durante los primeros días del golpe de Estado», relata el historiador José Luis Gutiérrez Molina. Apenas «una pequeña columna de guardias civiles y carabineros» llega de Medina Sidonia a rendir una pieza más. La corporación municipal resiste, en cambio, «y el pueblo ocupa la calle». Defienden la legalidad republicana pero nunca hubo guerra o conflicto armado «entre dos contendientes que pudieran denominarse ejército o grupos militares». Tampoco represión previa contra elementos derechistas locales. La situación de «equilibrio indefinido» quedó rota en pedazos desde la aciaga noche del 23 de julio del 36.

« Paterna, «como la mayoría de los pueblos de Cádiz», cae presa de los rebeldes «durante los primeros días del golpe de Estado»



El pueblo intenta rendir el cuartel de la Guardia Civil y detener a las nuevas autoridades, que responden con un refuerzo que incluye a grupos de falangistas. «Esa noche fueron más de una decena de personas las que murieron bien tiroteadas en sus casas o bien detenidas y asesinadas en diversos puntos de la población», refiere sobre la fecha Gutiérrez Molina.

Cayeron «importantes activistas obreros» en el arranque de la matanza, caso de Miguel Barroso y el «histórico anarquista» Martín Menacho. Agosto del 36 llega como un puro suceso en el que los muertos caen en retahíla. Como en el resto de la zona ocupada por los golpistas, como en los pueblos de la bahía y en la campiña gaditana. Franquistas que aplican la «justicia del terror», con procesos sumarísimos de urgencia, a partir del año 37 y hasta entrada la década de los 40.

« La represión franquista se ceba contra quienes osaron cuestionar el orden establecido, caso de un elevado grupo de mujeres o destacados activistas obreros»

La trágica serie de crímenes de lesa humanidad que azota Paterna tiene un carácter muy definido: cuenta «dos consejos de guerra masivos contra mujeres». Unas 15 en un proceso, otras 18 en otro. Todas pasadas, de golpe, por la farsa judicial y la tarea represiva en forma de «vejación, rapado de pelo, aceite de ricino y 'procesión' por las calles del pueblo». La mujer como símbolo del castigo a quien quería superar el papel social impuesto.

Faltan desde entonces muchas vidas de Paterna. Juan Orihuela o Antonio El Chopo, María Arias La Cuiña o María Silva Cruz La Libertaria, nieta de Seisdedos que escapó del suceso que arrasó su familia en Casas Viejas. «Mi padre veía hacer las fosas de día y por las noches ya estaban tapadas», narra Juan Luis Vega, hijo de Luis y presidente de la Asociación para la Re-

« La justicia, la verdad al menos, florece al sol del trabajo arqueológico que rescata a diez víctimas del alzamiento militar contra el orden republicano»

cuperación de la Memoria Histórica de Paterna de Rivera.

Obligaban a gente del pueblo a hacer «los boquetes», dice. Luis, que aventuraba la suerte corrida por sus padres, deslizaba su cuerpo de niño hasta los alrededores del cementerio. Cada día, en cada fosa abierta. Ni el miedo impedía la posibilidad de reconocer a alguien entre los muertos.

Como ahora, ya anciano, que a paso lento camina a diario hacia aquellas sepulturas de nuevo abiertas. Quizás ni Catalina ni Francisco estén en la fosa. Pero Luis espera que entre aquellos huesos que gritan silentes esté su padre. O que una de las mujeres rescatadas del cementerio parroquial patenero sea su madre. La misma que desde algún lugar siempre siguió gritando «mis niños, mis niños» ■





«La gente no pensaba qué límites iban a traspasar los golpistas a la hora de perpetrar la matanza»



« Ser compañera de un sindicalista era suficiente razón para matar a una mujer, según la ‘justicia’ de los sublevados »

«La noche de la ocupación de Paterna, la gente no pensaba qué límites iban a traspasar los golpistas a la hora de perpetrar la matanza», apunta Gutiérrez Molina. Como Catalina y Francisco, padres de Luis, espejo de todas las víctimas, aparece también María Silva Cruz, *la Libertaria*. Superviviente del asedio e incendio de la choza de *Seisdedos* en los sucesos de Casas Viejas, forma parte del amplio grupo de mujeres represaliadas en el pueblo.

María arrancó una nueva vida después de aquella tragedia. «Se asienta en Paterna desde el año 34 y allí vive hasta que llega el golpe de Estado. Se hace compañera de Miguel Pérez Cerdón, otro de los dirigentes paternereros de la CNT y en el 35 tienen a su único hijo,

Cidonio, al que los golpistas cambian luego el nombre por el de Juan». Un detalle vital y significativo de la capacidad de control y sumisión que alcanzaba la represión fascista.

María *la Libertaria* pudiera ser una de las personas que acaban de ser rescatadas de la fosa común del cementerio. Quizás. «Las razones para que la detuvieran y mataran eran ser mujer de un sindicalista y símbolo del anarquismo andaluz como superviviente de la matanza de Casas Viejas». Suficiente para recibir la muerte a balazos, según la ‘justicia’ de los sublevados. «Era una mujer joven, de 21 ó 22 años. No hay ninguna de esas características entre las otras asesinadas en Paterna, que tenían más edad», características que pudieran servir para la identificación antropológica y el análisis de los restos óseos recuperados.

«Todos piensan que van a detener a Miguel Pérez Cerdón, pero huye. Y María permanece libre hasta mediados de agosto, cuando es detenida y encarcelada en Paterna», explica el historiador. De ahí, del presidio local, «fue sacada junto a otra mujer y otro dirigente cenetista, Martín Menacho, y asesinada en un lugar del que también hay diferentes opiniones, como

existen sobre la zona en que pudieran acabar siendo enterrados».

«Es la encarnación y el símbolo del martirio de España», escribió sobre María *la Libertaria* la sindicalista anarquista, escritora y política Federica Montseny, primera mujer ministra en un gobierno español, durante la II República, y una de las primeras de Europa en ocupar un cargo ministerial. Todo un símbolo en femenino de tiempos de cambio y evolución social. Como «carne sangrante de un pueblo crucificado», retrató a María, quien compartió celda y cautiverio, según testimonios, con Catalina Sevillano.

En el cementerio de Paterna han sido localizadas una decena de las personas que fueron asesinadas tras el estallido golpista. Ejecuciones ocurridas no solo durante la noche de ocupación del pueblo, sino también a través de los fusilamientos sucesivos e indiscriminados acumulados en los meses siguientes. Un carrusel de muerte que llegara hasta marzo o abril de 1937, una carnicería justificada con la cobarde aplicación del bando de guerra. Vidas que cayeron por mandato directo de las comandancias militares que deciden así el destino de 40 paternereros. A sangre fría ■





Juan Luis Vega

Buscar los restos óseos de los desaparecidos forzados, de aquellas vidas segadas cuya memoria quedó latente bajo tierra, es «una obligación moral»

« Me lo preguntaba desde los nueve años, ¿qué podría hacer yo por mi padre?»

«**Ha venido una mujer** y me ha dicho que su padre se volvió loco y decía: hay que ver, tener que hacer un agujero para enterrar a mis paisanos. Era un lamento continuo». Junto a la fosa aún abierta, Juan Luis Vega, explica episodios heredados de la memoria oral del pueblo. «Los que mataban aquí le decían: hazlo hondo, Fernando, vaya a ser que te sirva para ti».

La historia familiar quedó transmitida de padre a hijo. Como en tantos casos, en ocasiones a regañadientes, tras 40 años de oscuridad y silencio. Tiempos de dictadura franquista, de miedo y represión. Y buscar los restos de sus abuelos se convirtió para Juan

Luis «en algo parecido a una obsesión». Más bien, matiza al poco, «en una obligación moral. Me lo preguntaba desde los nueve años, ¿Qué podría hacer yo por mi padre?».

En el año 2015 ha cumplido el sueño de romper la losa de cemento que cubría una fosa ignorada durante décadas. Vidas segadas cuya memoria permaneció latente bajo tierra. «Cada vez que pasábamos por esta parte del cementerio», señala, «mi padre me avisaba. Que no vayas a pisar ahí, que hay gente enterrada. Ojalá que alguno sea mi abuelo o mi abuela». Juan Luis jura que seguirán buscando al resto de asesinados en Paterna.

Y reclama, impetuoso, por «lo que los franquistas hicieron con la fuerza de las armas». Tantas personas que perdieron la vida, sin juicio, defensa ni condena, en asesinatos arbitrarios. «Se dice muertos por la guerra... ¿por qué? Aquí en el pueblo no hubo resistencia ni se hizo daño a nadie antes de que entraran los golpistas». Lo que sucedió, subraya, fue una absoluta «represión, la eliminación sistemática del adversario político, sindical, intelectual... ejecutada por los opositores a la democracia». Ahora, continúa, «nosotros tomamos el testigo, porque somos los nietos de los vencidos, pero no convencidos» ■

PROPIEDAD



D. E. P.
 D. JORGE
 DIAZ
 ROMERO
 * 2-2-
 A LOS 21 AÑOS
 DE EDAD
 Y NIETA
 SOLE OCA
 D. E. P.
 DA JOSE
 MORAN
 CANE



Luis Vega Sevillano

« A mi madre se la llevaron delante de mí, la apuntaban con una pistola como si fuera una fiera, gritaba: mis niños»

«No quiero morirme antes de que aparezcan todos. Una vez que los saquen, ya puedo morirme tranquilo». La voz de Luis Vega (87 años) es firme cuando traslada su relato vital. Pero a veces se quiebra. Aun así, no ha faltado ni una sola jornada a la intervención arqueológica. Mira y requiere cada día la atención de aquellos huesos que asoman de la tierra, restos que parecen estallar en un reclamo de luz, de justicia.

«A mi madre se la llevaron delante mía. La llevaban por los brazos, con las piernas a rastras por la escalera. La apuntaban con una pistola como si fuera una fiera. Mi madre lo único que gritaba era: mis niños, mis niños, mis niños... Nos quedamos como el nido al que le dan con una escoba».

Luis no olvidará nunca el día que varios falangistas secuestraron a su madre, Catalina. Acabó asesinada y su desaparición provocó el regreso de su padre, Francisco, que andaba huido. Corrió la misma suerte: la ejecución. «Vi a tres tíos entrando a mi casa. Uno se quedó fuera y dos habían entrado arriba. Mi madre cuando los vio echó mano a mi hermano Francisco, que tenía 23 meses, a ver si de esa forma no se la podían llevar. Claro, forcejeando mi madre con los dos... en el momento que mi prima cogió a mi hermano, no se fuera a caer y pasarle algo, le echaron mano y la arrastraron escalera abajo».

Luis suspira, resopla con fuerza. Rompe en lágrimas que riegan la memoria de aquella casa en el Pozo Medina. No entiende aquella tragedia, casi 80 más tarde. «Mi hermano estuvo toda la noche llorando», remata. «Mi padre se enteraría de que habían matado a mi madre. Seguro. Estaba *escapao* y se vino con mi tío al Cerro Moreno. Allí había uno que le decían *el Colorao*, un chivato. Los vio, fue a Paterna y dijo ‘en tal sitio están los hermanos *Chalero*’. Fueron a buscarlos y cuando los vieron mi padre preguntó cómo estaba la cosa. *Ná*, ya está *to arreglao*, *seguí p’alante...*». Eso le dijeron. Y lo que estaba arreglado era su muerte.

«*Seguí p’alante*», repite como en una letanía antes de retomar el relato. «Cuando llegaron a Paterna había tres guardias civiles por detrás de la casa de mi abuela y cuatro falangistas por el frente. Los metieron en la cárcel, donde está ahora el Ayuntamiento. Luego los montaron en un camión y los mataron antes de llegar al arroyo Cabaña, en El Chaparral. Antes de las 12 entraron en el pueblo. Ahora vengo de *matá* a los *Chalero*, dijo en la tienda de Calderón el *Sargentito*»

Un recuerdo vivo en Luis es el del último día que Catalina y Francisco estuvieron juntos. «En La Amapola se despidieron mis padres. Allí es donde mi padre le dio el último beso a mi madre... Allí fue». Luis sonríe y es

fácil encontrar en sus ojos el rastro inconcluso de aquel niño, de un relato truncado por el terror. Ambos, entiende, eran conscientes del destino que les esperaba en manos golpistas. «Mi prima iba a llevarle algo para que no durmieran en el suelo y yo le decía que iba con ella. Miré a mi padre, por las rejas. Dijo Agustina, vete, no necesitamos *ná*. Sabían que los iban a matar».

Asesinos enloquecidos en una orgía de violencia desatada. Luis, como ejemplo, narra una escena que ejemplifica «la idea de exterminio y expulsión» que arengaba, en esos términos, el fascista gaditano José María Pemán. «El hijo de María Silva Cruz estaba jugando en una esquina y venían unos cuantos en un coche. Uno al que le decían *el Pistola* dijo: ‘pasa por lo alto, *pa perdé* la semilla’. El niño tendría tres años». Terció el jefe local de Falange, ocupante del vehículo, que preguntó: «y esa criaturita, ¿qué ha hecho?». «Eso se quita de en medio y ya está, le contestó. Querían quitar la semilla, toda. Y la semilla que tenemos hoy en España y en Europa son los hijos de los verdugos».

La represión resultó bestial. «Cuando mataron a una mujer, entre cuatro, la metieron en la iglesia y primero la pelaron, con el cura delante, le cortaron un pecho, le dieron un purgante y cuando le entró fatiga el mismo cura le dijo a un empleado que tenía allí: anda,

llévala al servicio a ver si echa lo que tiene de comunista. Cuando se la llevaron *pa* matarla, los cuatro, borrachos, abusaron de ella. La agarraban de las manos y de las piernas. Iban riéndose en el camión. A un *chavea* lo hicieron pararse y verla, que casi lo tira el burro con el olor de la sangre». Casi ocho décadas después, no encuentra explicación posible. «Es que parece que disfrutaban matando», concluye.

La vida, desde aquel aciago verano del 36, fue extrema para Luis. Un hombre fuerte, humilde, «que parece que he *nació pa* sufrir», dice. Quedó medio desamparado en un pueblo hecho trizas. Encontró cobijo, a salto de mata. Como cuando buscaba trabajo: «Vas a Paterna y le dices a tu padre y tu madre que te vas a quedar aquí trabajando». Luis tenía 9 años y contestó: «Yo no tengo padre ni madre. Los han *matao*. El hombre se emocionó y *to*».

Luis tenía una razón para visitar cada mañana la exhumación y el trabajo de laboratorio. «A ver si puede ser que haya una chispita de justicia. Yo no quiero venganza, pero lo que hicieron, eso la ley no lo puede proteger, hay que descubrirlo. Lo principal es que esta juventud que hay no lo olvide. Que esto pase de nosotros a los nietos. Que en tal año hicieron esta inquisición en Paterna y otros pueblos. Esto no es una historia, es una novela dramática para que se quedara escrita para el resto de los días» ■



*Me olvido de vivir si te recuerdo,
me reconozco polvo de la tierra.*

Manuel Atolaguirre



Zalamea la Real (Huelva)

Juego de cruces en la fosa de Modestita

Ficha

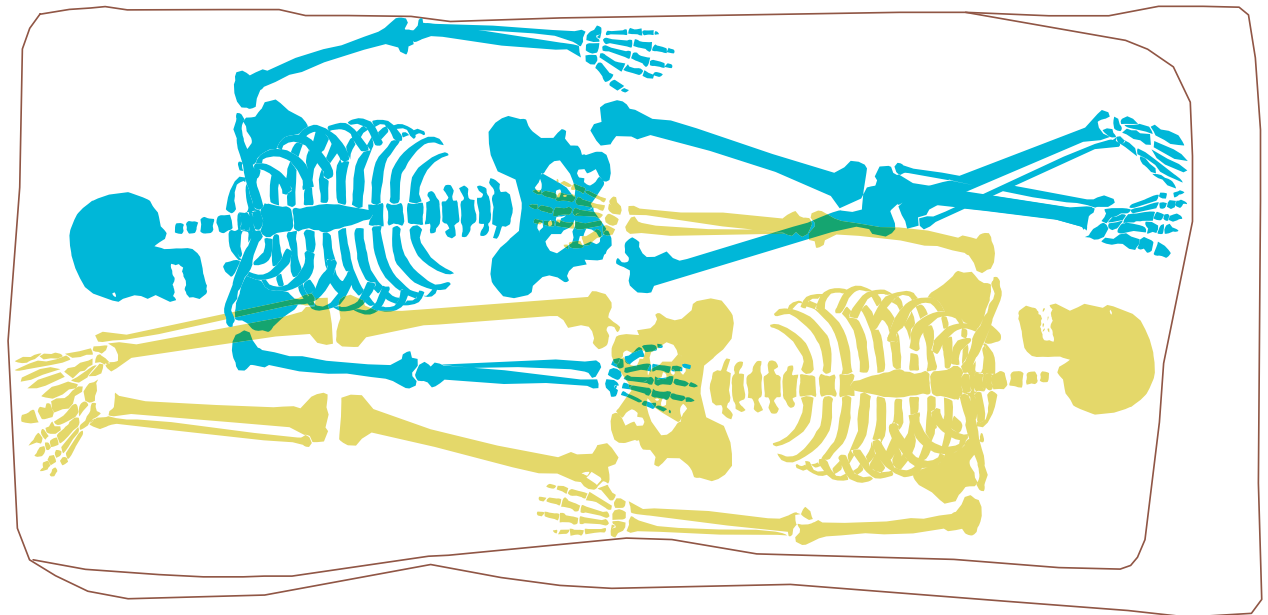


Localización **Valle Redondo**

Número
de víctimas **2**

Fecha de los
asesinatos **26 de febrero de 1938**

Equipo técnico
**Andrés Fernández
y Cristóbal Alcántara**



Zalamea la Real (Huelva)

Juego de cruces en la fosa de Modestita

« Modesta Vázquez confesó al cura de Zalamea que su marido, Ramón Delgado, había regresado del monte y estaba oculto en casa »

Modesta Vázquez Castilla, Modestita, hace una confesión al cura: tiene escondido en casa a Ramón Delgado López, su marido. El fugitivo baja de la sierra empujado por las duras condiciones que albergan los montes y la insistencia de Modesta, que pretende salvarlo aferrada a su afinidad con los sublevados. Pero el secreto, en manos del párroco, desata la malaventura. A Ramón lo matan el 26 de febrero de 1938.

Modesta penó 40 años. En una suerte de peregrinar hasta un cruce de la carretera que une las localidades onubenses de Zalamea la Real y Calañas. Rodeó con piedras la sepultura. Hincó en la tierra una visible cruz de hierro. Llevó flores, en una sucesión monótona, eterna, a la cuneta que el pueblo co-

nocía como la tumba del marido de la Modestita. La fosa en vida de la propia Modestita.

A Ramón, anarquista de la CNT, lo apresa la Guardia Civil el 30 de enero del 38. En la batida para buscar fugitivos que propicia la delación involuntaria de Modesta, cae otro topo: Juan Manuel Guerrero Cacho, miembro de UGT. Sin delitos de sangre a la espalda, se les aplica «el Bando de Guerra cuando trataba de huir de las Fuerzas Nacionales». Como «peligrosos marxistas rebeldes».

El suegro de Ramón ha seguido a la comitiva que da muerte a ambos. Y los entierra. La exhumación de los restos, en 2015, depara una sorpresa que completa el juego de cruces de la fosa de Modestita: sobre el pecho de uno de los cadáveres aparece una cruz. Legado y última voluntad de Modesta ■





Ramón Romero Perea

« Fíjate si mi tía era cristiana que hasta le trajo una cruz para colgársela»

Sobrino nieto de Modestita y Ramón Delgado, al que nunca conoció, clava sus ojos en la tierra abierta: «es un acto de justicia»

«Cuando lo mataron yo no había nacido. Mi padre me lo dijo». Ramón Romero Perea (76 años) participa a brazo partido en la exhumación de su tío abuelo, Ramón Delgado. Nunca conoció en persona al marido de la Modestita, pero el recuerdo siempre estuvo presente. El matrimonio no tuvo hijos y él es el familiar más directo.

La memoria oral trajo a Ramón la figura de un «hombre bueno» que repartía alimentos desde el sindicato. «Daban comida a quienes la necesitaban». Su tío era el encargado del abastecimiento de la población, con graves dificultades desde el estallido militar. «A algunos le daba más y tenían gente que había huido». Una especie de «predilección» por los fugitivos, apunta.

Y fue avisado. «Le dijeron: ten cuidado, Ramón, que te están vigilando y esos ya han visto que le das más comida a unas familias que a otras». El nombre del cenetista, empleado de la Río Tinto Company Limited, quedó subrayado en rojo en la agenda letal de los sublevados locales.

Ramón Delgado formó parte del Comité Circunstancial de Zalamea tras el 18 de julio. Ahí se opuso a que sufrieran daño alguno los presos derechistas que había en la población. De nada sirvió ante una ejecución, la suya, que ya estaba escrita. El escenario perfecto, vestido con el brutal azote de los rebeldes, quedó listo desde la ocupación del pueblo por las tropas golpistas el 25 de agosto del 36.

«Huyó pero luego volvió y se metió en el doblao de su casa», alega Ramón Romero a pie de fosa. «Ella —dice, por Modesta— se confesó con el cura, un tal Breva que era... un hijo de su madre. Dijo dónde estaba y fueron a por él. Mi tía era muy religiosa y al final, por querer salvarlo, resulta que fue su condena», asiente.

Ramón clava en la cuneta unos ojos cargados en lágrimas que escapan de décadas de oscuridad y silencio. «Es un acto de justicia», entiende. La tierra abierta como símbolo de reparación en el juego de cruces de Modestita. «Fíjate si era cristiana que hasta le trajo una cruz para colgársela». La cruz de Ramón Delgado, la que apareció sobre su pecho ■





« En Zalamea, la violencia golpista supera las 300 personas represaliadas, como los sindicalistas ajusticiados con tiros por la espalda en la Fuente Limosa»

Juan Manuel Vázquez

« A Juan Manuel Guerrero y Ramón Delgado se les aplicó el bando de guerra»

« Abriendo fosas nadie abre heridas sino que honra la memoria de estas personas»

La comarca minera, cuna del activismo político, sufrió una dura represión lindante con el «genocidio»

«En la comarca minera onubense el activismo político estaba muy presente», apunta el historiador Juan Manuel Vázquez. En este contexto «se enmarca una represión que fue bastante dura» y queda resumida en un término: «genocidio». El caso es que la simple premisa «de haber expuesto en público ideales de izquierda era suficiente para ser encausado o, en los primeros días donde la anarquía corrió, fueran aplicados los bandos de guerra».

Huelva, en los años 30, «tenía unos 40.000 habitantes y la cuenca minera alrededor de 30.000 o más». En Zalamea, la violencia golpista supera las «300 personas represaliadas» según varios estudios. Para perpetrar

las masacres repetidas en todas las provincias andaluzas, «los testigos principales, y que aparecen en los consejos de guerra, suelen ser el alcalde, el jefe local de Falange, el comandante de la Guardia Civil y el cura». El mismo recuento en cada pueblo, en cada asesinato impune. Como el de los sindicalistas «ajusticiados con tiros por la espalda» en la Fuente Limosa.

«Estas personas, Juan Manuel Guerrero y Ramón Delgado, mueren el 26 de febrero del 38 y no se registran, no hay partida de defunción». Sí existe la causa instruida a posteriori contra los ejecutados, «que comienza el 7 de marzo y acaba en abril». El texto reproduce la testificación «de dos guardias civiles que dicen haber ido con falangistas a

hacer una batida en la zona del término municipal que se conoce como Fuente Limosa y que allí estas dos personas intentaron huir». Y que entonces «se les aplicó el bando de guerra». Que no es otra cosa, precisa Vázquez, «que pegarle dos tiros por la espalda».

«Las fuentes orales dicen que de regreso se encontraron con el suegro de Ramón Delgado y que fue él quien, después del ajusticiamiento, los enterró». La fosa, apunta el historiador, «está a una profundidad que indica que no fueron los justicieros los que la hicieron sino un familiar o alguien que les tuviera estima». Aquel enterramiento al que penó toda una vida Modesta Vázquez, «que rendía memoria a su marido» ■



Juan Barba

Coordinadora de la Cuenca Minera de Río Tinto para la Memoria Histórica

« Queipo tenía muchas ganas a los mineros y por aquí pasó una máquina de matar»

«En el 36, a la entrada de las fuerzas franquistas, de la columna Varela, hubo una resistencia muy fuerte en el pueblo». Los mineros avanzaron desde Campillo «con camiones blindados y hay enfrentamiento armado incluso». La actitud desafiante de la comarca, cuenta Juan Barba, tiene funestas consecuencias. «Queipo tenía muchas ganas a los mineros y por aquí pasó una máquina de matar». Entre los años 36 y 38, sobre todo, la parafernalia del terror provoca «mucho movimiento» traducido en continuos fusilamientos y «pueblos que eran bombardeados por aviones que procedían de Tablada», desde Sevilla. Quedan, por esto, «muchas fosas por abrir, libros de historia que cuenten qué sucedió y que la verdad origine el perdón» ■

*He cerrado mi balcón
porque no quiero oír el llanto.*

Federico García Lorca



Obejo (Córdoba)

Caza al guerrillero antifranquista

Ficha

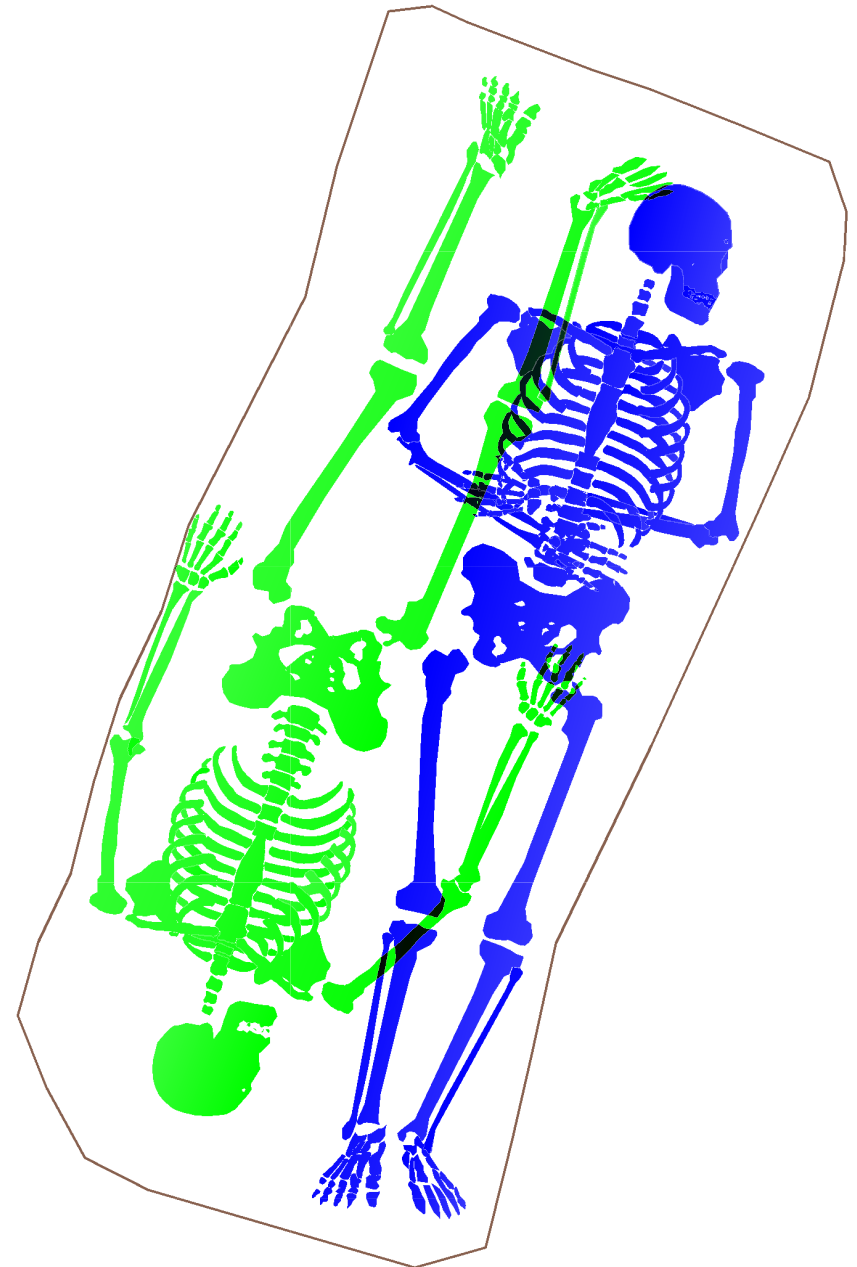


Localización **Cementerio de Obejo**

Número
de víctimas **2**

Fecha de los
asesinatos **5 de julio de 1948
y 1 de abril de 1949**

Equipo técnico
**Andrés Fernández,
Cristóbal Alcántara,
Maribel Brenes
y Francisco Melero**



Obejo (Córdoba)

Caza al guerrillero antifranquista

« En plena dictadura franquista, los maquis eran perseguidos por el monte en cacerías contra quienes el régimen tachaba de «bandoleros» y «forajidos»



Los dejaron ahí tirados». Una paisano de Obejo (Córdoba) señala el lugar de la plaza en el que «durante varios días» quedaron expuestos los cadáveres de los guerrilleros antifranquistas José Luna Cartán y Rafael Luque Lindo. La represión era moneda común una década después de que hubiese terminado la guerra civil. En plena dictadura, la sierra era una trampa mortal.

Las continuas batidas suponían una suerte de caza a quienes buscaban refugio en el monte huyendo de una muerte segura. Eran «bandoleros» y «forajidos» según la terminología del régimen gestado desde el golpe de Estado militar. Dos de ellos, Lindo y Luna, apodado

Ratón, caen a tiros el 1 de abril de 1949 en el cerro La Garita. Sus cuerpos inertes fueron exhibidos en el pueblo, con ánimo ejemplarizante. «Los pusieron tirados como a perros», ratifica José López Díaz, entonces un niño de 12 años que guarda un recuerdo diáfano de la siniestra escena. De ahí, al cementerio local, ambos en una misma fosa que ha sido buscada 66 años después a petición de un familiar. Sin suerte hasta el momento.

No aparecen los restos óseos de los maquis pero la misma intervención arqueológica trabajó en la localización de otras dos personas, Andrés Molero Redondo y Francisco Romero Huertas, asesinados el 5 de julio del 48 en las Minas de las Traviesas. Ellos sí han aparecido. Y la historia, casi de casualidad —una de esas sorpresas que deparan las intervenciones arqueológicas— permitirá a Pablo Andrés Molero dar sepultura digna a su padre, al que nunca conoció. El mismo día que mataban a uno, nacía el otro.

La ubicación de los enterramientos aparece en los Procedimientos Militares consultados en la fase de investigación de los hechos. La documentación custodiada en el Archivo Militar Territorial número 2 de Sevilla señala sendas fosas que comparten, de un lado, Lindo y *Ratón*, y de otro, Romero Huertas y Molero.

Las causas instruidas «con motivo de la muerte por la Guardia Civil de los bandoleros» reflejan cómo descubren a los maquis «al montar un servicio de apostadero». Tras la voz de «alto a la Guardia Civil», los fugitivos «intentan huir». Sin éxito, caen muertos a balazos.

En los expedientes oficiales queda descrita la apariencia de los guerrilleros. Sobre Lindo, natural de Adamuz, dice que aparenta «unos 30 años, vistiendo pantalón y americana de lana a rayas, camisa kaki, botas de campo y boina, lleva un cinto de cuero con chapa lisa de metal del que pende una funda de pistola de cuero negro muy usada y a su inmediación a unos 80



centímetros aparece una pistola marca *César*». Cerca, «un artefacto», que sería «una bomba de mano de las llamadas de piña».

Luna, de Villanueva de Córdoba y «unos 50 años», viste con «pantalón de lana, blusa oscura, pelliza negra, botas de campo» y, debajo, «una escopeta de dos cañones». En el bolsillo derecho «dos artefactos de explosivo fabricados de forma muy rudimentaria en dos botes de hoja de lata, uno de ellos dentro de una funda de cuero». Luna, viudo de Catalina Coletto Muñoz, dejó siete hijos: Pilar, María, Francisca, Juana, Josefa, Diego y José. Lindo permanecía soltero, sin descendencia conocida.

Conducidos a Obejo y, tras la autopsia, serían enterrados e inscritos en el Registro Civil. El «encargado» del cementerio, Antonio Alonso, indica el depósito en «una misma fosa (doble), que se encuentra a unos 20 metros de la puerta principal».

Las sucesivas batidas en el monte tenían el objetivo de «evitar que pudieran huir los forajidos», según el te-

niente Augusto López. En el sumario, cuenta cómo cazan a los maquis junto al brigada Anselmo Zarco y los guardias Epifanio Martínez y Ernesto Higuera. López efectuó «siete disparos de pistola», Zarco 14 e Higuera nueve, ambos de «subfusil».

«Bandoleros», decía el franquismo. Caso de Andrés Molero y Francisco Romero. Así fueron abatidos, bajo esa premisa delictiva. En la causa instruida recaen sobre ellos «vehementes sospechas» que les implican en el asesinato del «guarda particular» Antonio Muñoz. «Al que ahorcaron —dice el escrito— en la finca denominada Suerte Alta». Sin pruebas ni juicio.

El capitán de la Guardia Civil, Augusto Tamayo da una orden concluyente: «localización exacta de estos individuos». Un «confidente», dice, señala a Molero como inductor de la supuesta «venganza». Dicen que se pone en contacto con la «partida de *el Álvarez*» para señalar «a los bandoleros que el tan repetido guarda era un fascista peligroso». Queda sentenciado.

«Los fugitivos cayeron al suelo». Tras el fatal encuentro y el alto, los disparos a bocajarro. Molero, de 51 años de edad, casado y profesión del campo, con domicilio en la finca Armenta Alta. Romero, de 46 años, soltero, del campo, en la finca Candelera. Ambos vecinos de Cerro Muriano y ejecutados en la sierra.

Romero vestía camisa a rayas, chaqueta clara, pantalón de pana oscuro, calcetines color marrón y botas de campo. Molero una camisa clara, chaqueta gris, pantalón kaki y alpargatas blancas con suela de goma. Los «bandoleros» tenían «una escopeta» y a Francisco le intervienen «seis pesetas», según el documento. El enterrador afirma que los cadáveres yacen arrojados «en una fosa doble, quedando ésta sobre la pared de la parte saliente, a cinco pasos de la del lado Norte y 23 pasos a la del lado Sur». Los restos óseos son exhumados en 2015, 67 años después de la ejecución. Queda por localizar aún la sepultura de *Ratón* y Lindo, guerrilleros antifranquistas ■

« En una de las batidas, en 1949, caían a balazos Rafael Luque Lindo y José Luna *Ratón*, y sus cadáveres quedaban expuestos en la plaza del pueblo durante días»

« A Francisco Romero y Andrés Molero los asesinaron en julio del 48, y sus restos óseos han sido rescatados de una fosa común 67 años después del crimen»





« Nos hemos hecho los análisis de ADN, a ver cómo sale. Lo vamos a enterrar con mi madre »

Pablo Andrés Molero

« Al cabo de 67 años voy a ver los huesos de mi padre, nací el mismo día que a él lo mataron »

Durante la búsqueda de dos fosas comunes en el cementerio de Obejo, y casi por casualidad, la familia de Andrés Molero está a punto de certificar la recuperación de sus restos óseos

«Al cabo de 67 años voy a ver los huesos de mi padre. Yo no lo conocí. Nací el mismo día que a él lo mataron». Pablo Andrés Molero nunca tocó a Andrés Molero. El 5 de julio de 1948 uno nació y otro perdía la vida a tiros. Décadas después su hijo espera paciente, junto a su hermana Matilde, a que una aguja perfora la piel de sus dedos. Su sangre debe servir para identificar a una de las víctimas del franquismo exhumada en el cementerio de Obejo.

«Tantos años sin padre y ahora hacer esto... no llegué a verlo siquiera», relata. Vive estos momentos con una potente mezcla de «sentimientos», dice. Cierta alegría, «porque se cierra

un caso y que al menos nosotros sepamos dónde lo tenemos». Tristeza, que la memoria trae viva décadas de sufrimiento, «con mi madre sola intentando tirar de todos nosotros».

«Lo más sorprendente es que al final ha sido una casualidad», retoma. La búsqueda de los guerrilleros antifranquistas José Luna Cartán y Rafael Luque Lindo propició la apertura de la tierra también en otro punto del camposanto. Donde podían yacer sepultados Andrés Molero y Francisco Romero. Ahí estaban.

«Salieron ellos y nos hemos enterado de rebote. El arqueólogo Andrés Fernández le dijo en el pueblo a una

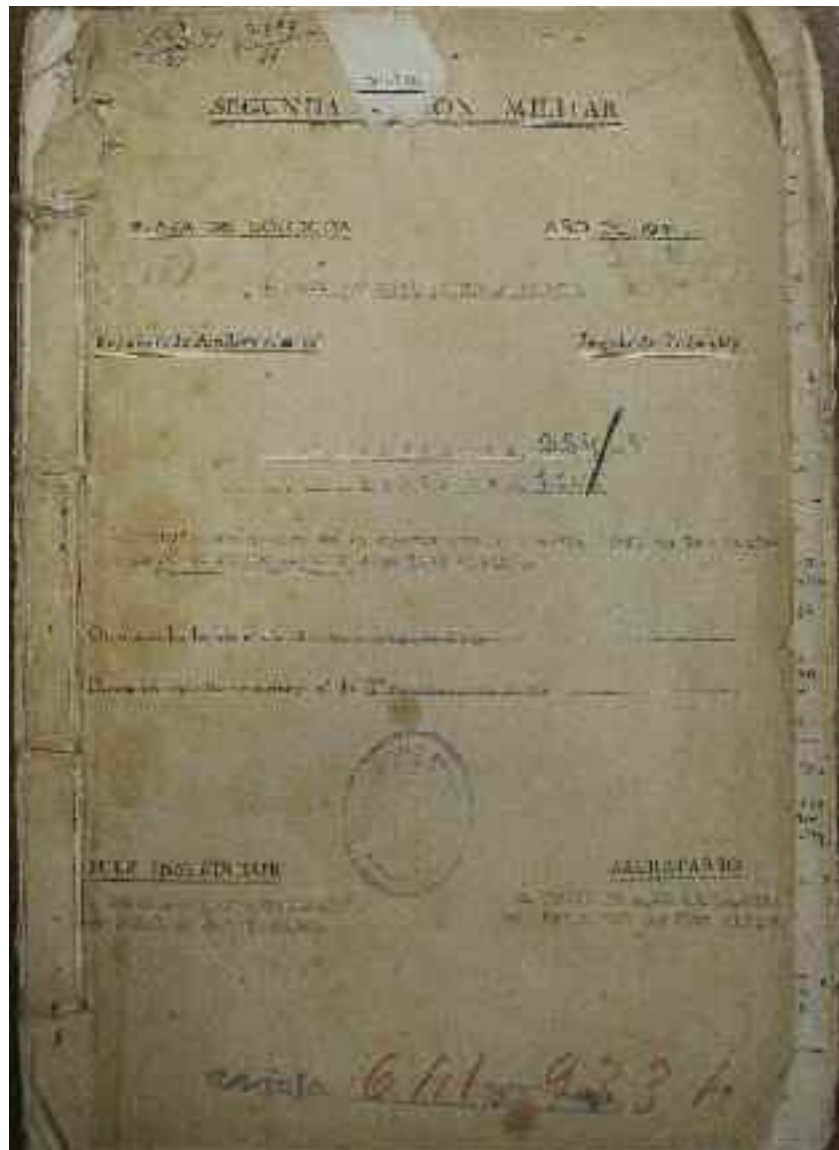
prima nuestra que si conocía a la familia de fulano de tal. Entonces ella dijo, 'claro, si es tío mío'. Fue una sorpresa enorme, imagínate. Entonces nos llamaron, fuimos y... me estoy enterando más en estos días de mi familia que en todo este tiempo atrás. Me cuentan ahora lo que tenían que haberme contado hace 60 años».

En su familia, recuerda, «esto parece que ha sido tabú, no querían decirme nada». Una suerte de intento por mantener a aquel niño alejado de fantasmas del pasado. «Yo estaba equivocado hasta en el sitio donde estaba enterrado», explica. Sí tiene claro, en cambio, cómo «vinieron dos o tres ve-

ces a casa para que mi madre firmara que había sido de muerte natural y darle así una paga, pero mi hermano mayor les dijo que no, que si era un papel que pusiera que ellos lo habían matado, entonces sí se firmaba. Nunca le dieron una paga a mi madre».

Hasta ahora, de la historia familiar conocía «que se tenía que presentar a Cerro Muriano, que se presentó y ya no volvió». Le habían dicho que estuvo «en la sierra un poco de tiempo y en la cárcel ocho años, luego nació mi hermano, yo, y lo mataron el 4 de julio, aunque en los papeles que ahora han sacado reza el día 5». A Andrés, el padre, sólo lo conocieron «los dos hermanos mayores, luego mi madre sola y con 5 hijos tuvo que bregar mucho para sacarnos adelante».

El formulario para la toma de muestra genética de referencia de familiares está completo. Servirá para un análisis de ADN a efectos de identificación de las víctimas. Todo apunta a que uno de los dos cuerpos exhumados es el de Andrés Molero, el padre que el terror franquista arrebató a Pablo Andrés. «Nos hemos hecho los análisis, a ver cómo sale. Lo vamos a enterrar con mi madre» ■



*Será la garra suave.
Dejadme la esperanza.*

Miguel Hernández



El Madroño (Sevilla)

«Como perros» a la tierra quebrada

Ficha

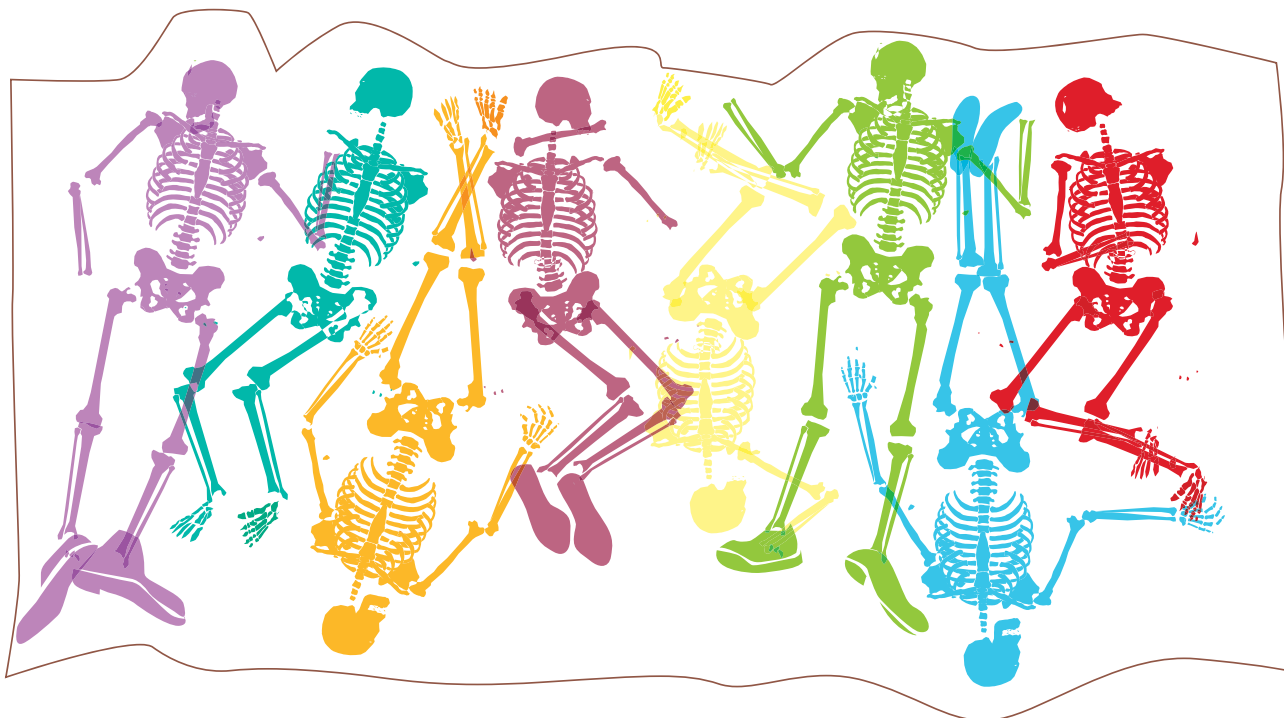


Localización **Cementerio
de El Madroño**

Número
de víctimas **35**

Fecha de los
asesinatos **27 y 28 de agosto
de 1936**

Equipo técnico
**Elena Vera,
Juan Carlos Pecero,
Juan Manuel Guijo,
Laura Mercado
y Elisabet Conlin**



El Madroño (Sevilla)

«Como perros» a la tierra quebrada

« En el pequeño pueblo de la Sierra Norte de Sevilla, el trabajo arqueológico ha recuperado los restos óseos de 35 personas»

Un lugareño musita resignado la suerte corrida por las víctimas enterradas en la fosa de El Madroño. «Como a perros», dice. Así acabaron con ellos los rebeldes y así los enterraron. En el pequeño municipio de la Sierra Norte de Sevilla, con poco más de 300 habitantes, los trabajos arqueológicos han recuperado los restos de 35 personas.

El pueblo guarda historias de aquellos días de sangre y fuego. La tierra quebrada trae fragmentos de memoria, detalles de vidas rotas por la barbarie: hebillas, tachuelas, alguna cartera, monedas, un mechero, una peineta, botas y restos de prendas de vestir como bo-

tones y gemelos. Relatos que yacían en una fosa de dos metros de ancho por trece de largo.

Como aquellas mujeres con quienes los franquistas «se divirtieron» antes de ejecutarlas. Asesinos que regresaban «cantando y alardeando de lo que habían hecho», cuentan, después de «matar a tres» hombres en mitad del bosque. Restos de sufrimiento en las manos de aquel hombre obligado a cavar la tierra. El mismo agujero que sirvió a la postre para sepultar su cuerpo, y el de su mujer, muertos a balazos. O aquel muchacho que no supo huir. El joven enviado a por agua a una poza cercana y que volvía con el búcaro lleno junto a la fosa abierta, viva, caliente.



« La tierra, quebrada, trae fragmentos de vidas rotas por la barbarie como hebillas, monedas, una peineta, botas o gemelos»

« El grito sordo, la memoria de los huesos, guían el paso definitivo para la dignificación de quienes «dieron su vida por la libertad»

Un camino que repetiría tres, cuatro veces quizás, atenazado seguro por el miedo que galopaba veloz a lomos del terror fundacional del franquismo. Hasta que no hizo falta que fuera más. La oportunidad había pasado. «Ponte ahí, de rodillas», le dirían.

Tan sencillo, una vida menos. Detención, secuestro, apretar el gatillo. La represión tuvo un especial ensañamiento en los parajes de la serranía sevillana a finales de agosto del 36, delitos de lesa humanidad que culminaban en la desaparición de los cuerpos. Asesinatos invisibilizados, pero una fosa común cuenta qué pasó. Es el mejor libro de historia.

La localización exacta del enterramiento ilegal en El Madroño llegó en mayo del año 2014, cuando las catas certificarán que ahí, en aquel lugar marcado del cementerio, estaban las víctimas del alzamiento militar. Antes, el relato historiográfico llegó por testimonios orales y, entre otros estudios, de la mano de la investi-

gación personal de Juan José López y su libro *A morir toca. El Madroño en tiempos de infamia*.

La disposición anómala de los huesos aparecidos confirman las historias contadas en voz baja durante décadas. Separación de extremidades, colocación del individuo boca abajo, piernas cruzadas... no son cuerpos enterrados bajo el rito canónico. No hay respeto a los muertos. Yacen tirados, «como perros».

Al menos una tercera parte de los asesinados son mujeres, también vecinos de Zufre (Huelva) y de la sevillana El Castillo de las Guardas. A medida que la excavación avanza, se agranda el listado de objetos personales que aportan luz sobre aquellos relatos vitales extintos por la bestialidad del fascismo. Por quienes «dieron su vida por la libertad», como rezaba un placa sobre la fosa. El grito sordo de la tierra, la memoria de los huesos, que guían al fin el paso definitivo para la dignificación y la verdad ■





Juan José López

« El «terror caliente» dejó familias asesinadas, al completo, o jóvenes mujeres de unos 20 años con las que «se divertieron» antes de ejecutarlas»

La «gran matanza» ocurrió «las noches del 27 y 28 de agosto del 36», tras la entrada en El Madroño de las tropas franquistas

«Se han exhumado 35 cuerpos de la fosa. Esas muertes se produjeron básicamente las noches del 27 y 28 de agosto del 36. Las tropas entraron el día 26 y en esas jornadas fue la gran matanza que se llevó por de-

lante a muchas de estas personas». El resumen de Juan José López aterriza certero en la secuencia de los asesinatos. Un relato que rubrica a conciencia: «Esto fue el terror caliente de la llegada de los golpistas».

La columna de Álvarez Rementería no encontró «ninguna resistencia» para tomar las calles del municipio. La masacre posterior obedecía entonces, señala, «a pura represión del adversario político, de los que quedaban en el pueblo porque muchos se habían ido. La mayoría de los que habían tenido responsabilidad política no estaban, quien pudo se fue del pueblo, y de los que quedaban acabaron con casi todos».

Los crueles crímenes dejan una huella imborrable en el lugar. «Una familia entera. Padre, madre y dos hijas, con 19 y 21 años. Se habla también de un grupo de mujeres con las que ‘se divertieron’ antes de ejecutarlas. Con estas dos niñas más otras dos de las mismas edades». Terrorífico. El Madroño vivió, además, «otro tipo de represión». Las «batidas» que dejaban «muertos en el campo» en sitios de tránsito múltiple y recurrente como zona conocida por Pata del Caballo. Un puro trasiego de refugiados, de huidos, de desbandados.

«Una vez que se copa la Cuenca Minera... habría miles de personas en los primeros momentos».

La represión traía a los montes «batidas incesantes». Una suerte de cacería con la que los fascistas sumaban víctimas en cascada, a cada paso. Como el primer 18 de noviembre después del alzamiento militar, «cuando matan a tres personas que estaban en la fosa y otros en fecha indeterminada o quienes caen en algunas de las aldeas que pertenecen al pueblo, donde en febrero del 38 también se asesinó a gente».

Ocurre que en ocasiones es complicado dar una cifra exacta de los ejecutados en una población asediada. Funcionó entonces el propósito de los subleados, el objetivo primario de evitar el menor rastro posible de los delitos cometidos. En el pueblo existen referencias y testimonios de casos como el de «un pequeño grupo que intentó pasar a zona republicana, de los que cuatro fueron condenados a muerte». Y «otros tantos que murieron en la cárcel» o «la fosa que ya se exhumó en El Álamo, donde hay otra documentada y en la que pudieran estar enterradas entre siete u ocho». En «números redondos», calcula Juan José López, cayeron «unas 60 personas» ■





Antonio López

«¿Dolor? Toda la vida. Y muero con la pena de no poder decir a esos que me hicieron tanto daño: ¿qué ganaste con dejarme sólo?»



«Mi hermano enterró a mi padre y a mi madre la vi por última vez subida a un camión, diciéndome adiós»

«Mi hermano enterró a mi padre y a mi madre la vi por última vez subida a un camión, diciéndome adiós». El testimonio de Antonio López (86 años) remueve las entrañas. Huérfano por la sinrazón de las fuerzas franquistas que hicieron estallar en pedazos su vida frágil e incipiente. La voz entrecortada, rota pero firme, señala los sucesos que dejaron un dramático rastro de muerte en su pueblo natal. Un dolor latente «toda la vida», dice. «Os tenéis que marchar, nos dijo mi padre», Francisco (52 años cuando fue ejecutado). Intentó poner a salvo al resto de la familia. «Yo tenía tres hermanas, con 12 años, 13 y 21, y un hermano con 18, Emilio, que se quedó en la sierra con mi padre. Luego se pasó a la zona roja y lo cogieron prisionero en Madrid», narra Antonio. «De ahí, como aquí en el pueblo tenían ganas de fusilarlo... lo voy a decir claro, no los nombres, pero tenían ganas de fusilarlo y le achacaron el asalto a una *viajera* —un autobús—, que era el cabecilla decían». Es toda la venganza, señalar la falsa acusación. A su madre, Eusebia Delgado Pérez, «la montaron en un camión con mi hermana Emilia y ya no la vi más».

«¿Sabes qué dijeron que había hecho mi madre?», pregunta. «Que incendió la iglesia», remacha. «Nosotros éramos de izquierdas, republicanos. Y ya está. Eso era todo. A las dos se las llevaron a Sevilla y de ahí mi madre recorrió muchas cárceles. Hasta que murió en el País Vasco». Nunca más supo de ella. «Allí está *enterrá*».

Su padre se llamaba Francisco López Pérez. «Lo mataron en un sitio que le dicen Pata del Caballo. Mi hermano fue el que lo enterró. Habían matado a otros dos compañeros que estaban con él, pero no sé si están juntos en el mismo sitio. Aquí —en la fosa del cementerio de El Madroño, señala Antonio— tengo enterrados a un tío carnal y una prima hermana».

«¿Dolor? Toda la vida. Y muero con la pena de no poder decir a esos que me hicieron tanto daño: ¿qué agenciaste, qué ganaste con dejarme solo?». Antonio habla claro. Con los ojos vidriosos, con sus manos curtidas... todo en él parece memoria viva. «La infancia fue mala. Tuve que guardar cochinos, descalzo como mi madre me trajo al mundo. Eso... ¿la vida? Dura no, más todavía».

¿Es verdad que los franquistas mataron a tantas mujeres en El Madroño? Antonio, a pie de fosa, oye la pregunta y responde con firmeza: «¿Te digo los nombres? María, la madre de Hermenegilda y de María. Aurora, la madre de Margarita. Catalina tenía dos hijas, eran chicas, Elena y Luisa. Y luego la de Aznalcóllar, no sé el nombre de aquella mujer, que el marido tuvo que abrir la fosa y luego lo trajeron y le pegaron dos tiros a ella y a él también, en lo que había cavado». Mujeres, todas, muertas a tiros.

La justicia, piensa, que es una deuda con las víctimas que, hasta ahora, no se cumplió de la forma debida. «Vino muy tarde la democracia y los asesinos habían muerto ya. Siempre he sabido quiénes son, claro. Y les he tenido que hacer favores, porque como era un niño recogido me decían ‘ordéñale las cabras a fulano’. Y ése era un cuchillo de mis padres. Y tenía que ir. ‘Llévale dos cargas de estiércol a la huerta de mengano’... se me ponen los pelos de punta», recuerda.

Un día, dice, «en el año 63, me colé un poquillo». Y sonrío. En un bar dijo «la verdad», delante de «gen-



te que no debía». En plena dictadura, y en mitad de una discusión, soltó un sonoro: «en este pueblo no se habían conocido los criminales hasta que en-

traron los falangistas». Silencio. El desierto en alguna mirada. Un amigo que avisa, 'qué has hecho, Antonio'. Sonríe. Arrestos para hacer eso doce

años antes de la muerte del dictador Francisco Franco. «Me querían denunciar pero no lo hicieron. Les daría vergüenza» ■

María de los Ángeles Pedrero

« Mi abuela estaba embarazada... cuentan en el pueblo que la respetaron porque la barriga se le notaba ya»

Rescata una «anécdota» como muestra del déficit educativo: un alumno de instituto que, en un mapa, coloca a Franco en Francia, cuando «ningún escolar alemán tendría dudas sobre quién era Hitler»

«En mi casa se hablaba de todo lo que ocurrió aquellos días, como parte de la vida. Pero es verdad que hoy se cuenta de otra forma». María de los Ángeles Pedrero es nieta de Irene López, madre de su padre, José Luis Pedrero. De ellos retoma, hereda, la historia familiar, la tragedia de El Madroño.

«Mi abuela estaba embarazada e iba con su marido, Isidoro López, y su hermana de 16 años, Margarita. Daban un paseo por el campo cuando los detuvieron. Los llevaron un poco fuera del pueblo y a su marido y su hermana los mataron a tiros. A ella no. La gente del pueblo cuenta que de alguna forma la respetaron porque la barriga se le notaba ya».

Aunque en la familia no hay transmisión de «implicaciones políticas muy claras» que desencadenaran aquellas muertes, tiene claro «que en ese tiempo había mucho odio, mucho pique y cualquier motivo era suficiente para justificar eso de ‘voy a por ti’». Su abuela vivía en el barrio Bajo, en un pueblo dividido en dos, «y dicen que la mayor parte de la gente de esa zona eran republicanos».

«Mi padre murió cuando yo era muy joven y, aunque me contó muchas cosas, hoy hubiera tenido más interés por preguntarle sobre estos temas. Mi abuela también contaba, pero tuvo que ser muy duro que le mataran a su marido y su hermana, quedarse sola y embarazada».

La gente mayor, dice, «es sorprendente, me llama mucho la atención que por un lado arrastran la pena y por otro es como si lo tuvieran asumido». Por eso se alegra «de que se haga justicia con gente inocente, que no habían hecho nada, algo que se debería haber hecho hace mucho tiempo». Pero «se está haciendo ahora —matiza— y no nos vamos a quejar, hay que seguir e intentar recuperar a todas las víctimas posibles y que se les dé sepultura en la manera que los familiares quieran», alega firme.

Para María de los Ángeles, en España existe un problema de concienciación: «la gente joven no sabe qué ocurrió». El desconocimiento campa a sus anchas. «Les hablas de estos temas y no saben. La guerra civil, Franco... ¿ése quién era?, dicen». Como muestra, una «anécdota» en un insti-

tuto: «una compañera tiene delante un mapa político para colocar a los dictadores, cada uno en su país, Mussolini, Hitler... y un alumno pone a Franco en Francia. Vale que es anecdótico, pero es posible que ningún escolar alemán tenga dudas sobre quién y de dónde era Hitler». Por motivos como éste, aclara, le parece «estupendo» que le ley memorialista de Andalucía proponga incluir la Memoria Histórica en el currículum educativo. «Si algún día soy profesora de Historia, me encantaría dar en clase este tema», señala ■



*España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada.*

Pedro Garfias



Camas (Sevilla)

La traición que evitó cambiar la historia

Ficha



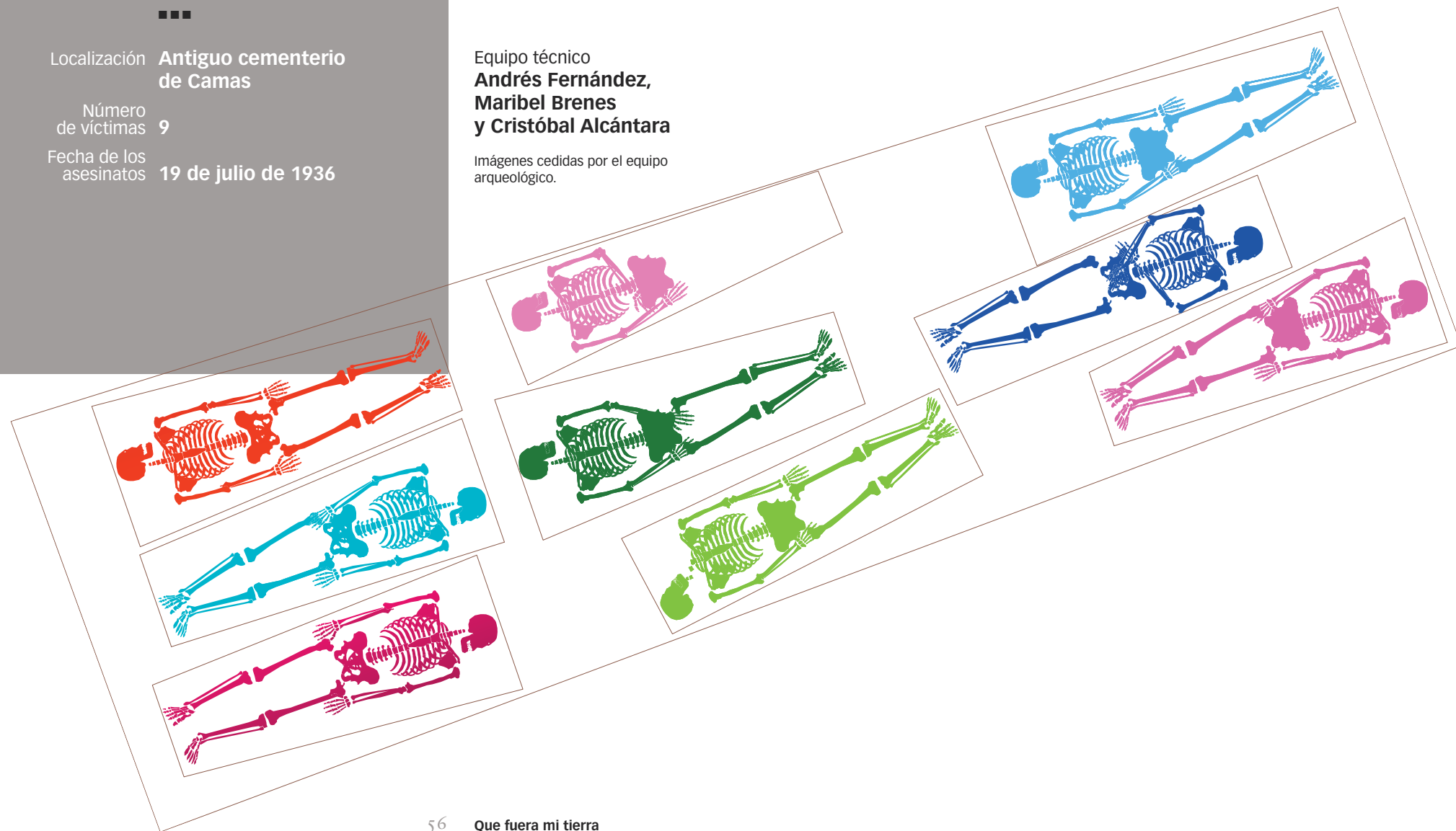
Localización **Antiguo cementerio de Camas**

Número de víctimas **9**

Fecha de los asesinatos **19 de julio de 1936**

Equipo técnico
**Andrés Fernández,
Maribel Brenes
y Cristóbal Alcántara**

Imágenes cedidas por el equipo arqueológico.



La traición que evitó cambiar la historia

« Una emboscada en La Pañoleta hizo saltar por los aires el plan de la columna minera de frenar el estallido golpista »

En Huelva hubo una reacción inmediata al golpe de Estado militar. Una columna de resistencia parte de la cuenca minera formada por varios cientos de obreros, escaso armamento, un puñado de vehículos y dinamita. Con un objetivo: frenar en seco la victoria sublevada que los golpistas cimentan desde el sur.

Los mineros, aclamados en cada pueblo, toman fuerza. Devoran el camino y el ritmo frenético entrevé la viabilidad del plan. Llegar a Sevilla, sumar apoyos, tomar

la plaza en manos de las fuerzas comandadas por el sangriento Queipo de Llano... atajar la asonada.

En La Pañoleta (Camas), a las mismas puertas de la ciudad, una emboscada hace saltar todo por los aires. El grupo de militares que acompaña a la columna minera no se mantiene leal a la República. Sevilla puede tocarse con los ojos, está ahí, al alcance, cuando una sorpresiva sucesión de disparos hace estallar la dinamita. Los golpistas, henchidos de felonía, cometen la traición que evitó cambiar la historia ■

Francisco Espinosa Maestre historiador

«Podía haber cambiado la historia. Que el golpe fracasara a las 24 horas. Se pierde esa oportunidad»

La fosa de los nueve mineros exhumada en tierras de La Pañoleta atestigüa aquella traicionera matanza del 19 de julio de 1936. La columna integra a miembros de la Guardia Civil bajo mando de Gregorio Haro Lum-

breras que adelantan el paso y entran en Triana «con el puño levantado para convencer a la gente de su fidelidad a la República». Poco después, están a las órdenes de Queipo. «Los disparos causan una explosión enorme. Muere

mucha gente, detienen a más de 70, hay cadáveres esparcidos... aquello queda en un auténtico desastre», recuerda. «Podía haber cambiado la historia. Que el golpe fracasara a las 24 horas. Se pierde esa oportunidad» ■

Pilar Comendeiro

«José Palma Pedrero, de Riotinto, encontrado carbonizado en el interior del camión matrícula SE-16991»

Desde Argentina, Pilar conoció por casualidad el paradero de su tío *Joselito*. «José Palma Pedrero, de Riotinto, encontrado carbonizado en el interior del camión matrícula SE-16991». La difusión internacional de las fosas comunes del franquismo llevó al rastro es-

crito en el libro *La justicia de Queipo*, de Espinosa Maestre. Era la historia que, siendo niña, oía contar a su madre: «El día que estalló la guerra, *Joselito* salió con otros del pueblo a detener a Franco y lo mataron camino a Sevilla. Supimos de su muerte cuando

nos llegó una nota que agradecía la donación a la causa, en alusión a un anillo de oro que llevaba. Nunca nos entregaron el cuerpo ni nos dijeron dónde estaba enterrado. Mi madre se volvió loca. Era un peligro. Insultaba y atacaba a cuanto uniformado veía» ■

*La muerte acabó su espacio:
ángulo de tierra y sol.*

Emilio Prados



La Campana (Sevilla)

El pozo que mutó en infierno

Ficha



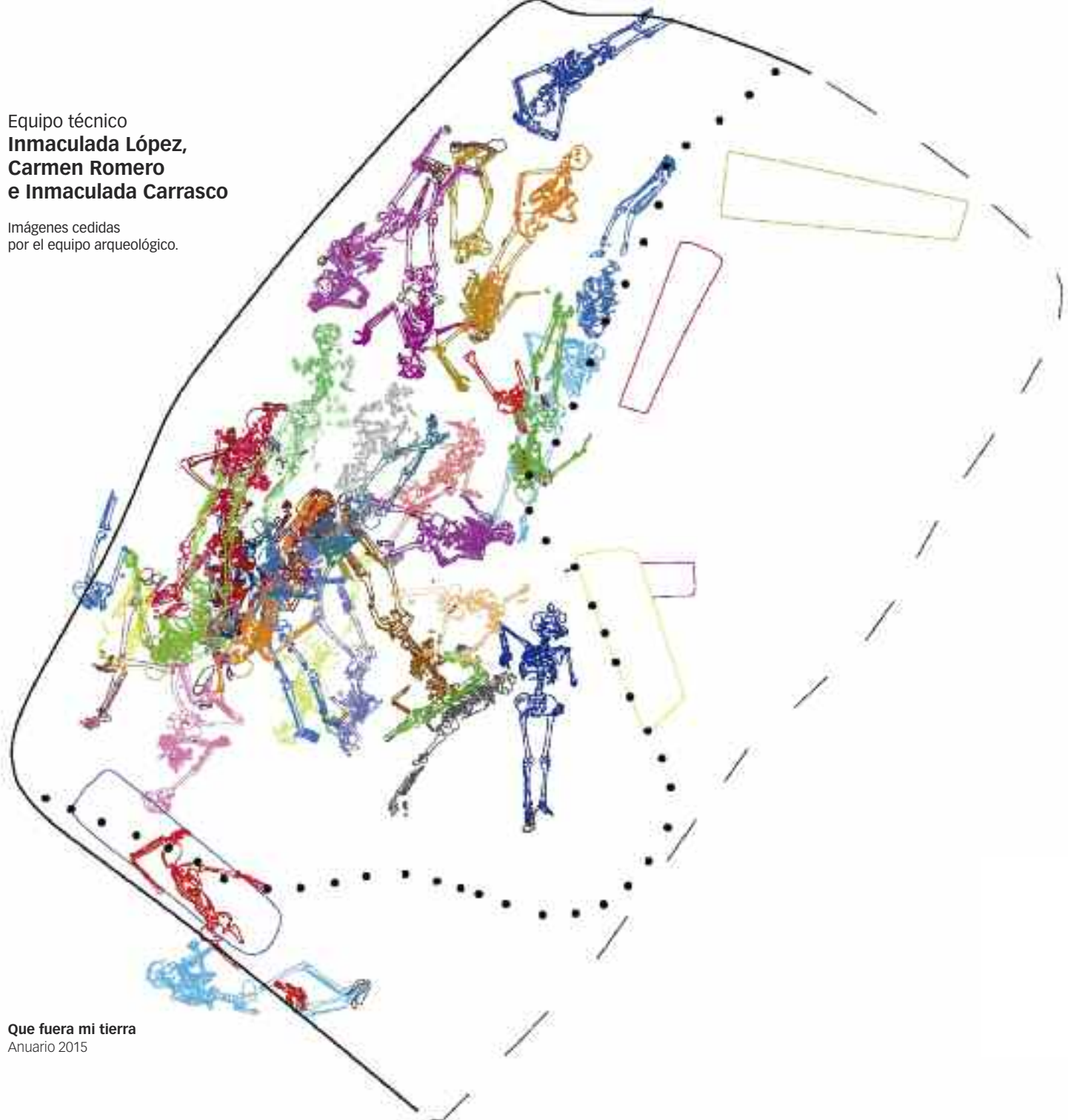
Localización **Antiguo cementerio
de La Campana**

Número
de víctimas **36**

Fecha de los
asesinatos **De agosto a octubre
de 1936**

Equipo técnico
**Inmaculada López,
Carmen Romero
e Inmaculada Carrasco**

Imágenes cedidas
por el equipo arqueológico.



El pozo que mutó en infierno

« La ‘columna de Carranza’, tras su «violenta» entrada en el pueblo, cobró el asesinato de presos derechistas con una «matanza salvaje»

Toda la gente supo que aquel pozo era el infierno cuando una mancha de humo emergió del cementerio. Como rúbrica ardiente de la orgía de sangre ejecutada por franquistas en La Campana (Sevilla). La génesis de una carnicería que cobró la vida de unas 150 personas.

Bajo tierra el panorama es terrorífico. Ocultos durante décadas, apilados en un puro túmulo de huesos a medio calcinar. Cuenta la memoria oral que tras las ejecuciones, los rebeldes arrojan dos carros de paja a una hoguera eterna que alcanzaría temperaturas de hasta 650 grados. Que los verdugos avivan el fuego durante días, removiéndolo con hierros para facilitar la cremación. Como demonios sobre bestias.

El trabajo arqueológico exhuma en el antiguo cementerio a 36 asesinados. Con ocho mujeres, una embarazada. La fosa guarda cuerpos desmembrados, res-

tos carbonizados, fragmentos óseos, ligaduras en las muñecas, proyectiles, objetos personales... La secuencia de los hechos criminales parte del 2 de agosto del 36 y llega hasta finales de octubre del mismo año. Abarca cuatro fases distintas con sacas de represaliados que originan otros tantos depósitos de cadáveres.

La entrada en La Campana de la «columna de Ramón de Carranza, alcalde de Sevilla nombrado por Queipo» fue «muy violenta», narra el historiador José María García Márquez. «Provocó —rememora— que un grupo fuera a la cárcel y matara a presos allí recluidos».

Un acto salvaje con sobrada respuesta. «La banda de Carranza reúne a todos los que puede en la plaza del pueblo, en la pared de la iglesia, y disparan con una ametralladora... una matanza salvaje». Los cuerpos sin vida quedan arrojados a una excavación abierta de la que nunca brotó agua. El pozo que mutó en infierno ■



*¿Quién ha de helarte, flor de sangre, dime?
Hay en la pobre alcoba olor de espliego.*

Antonio Machado



Arahal (Sevilla)

Crónica de una sangría interminable

Ficha

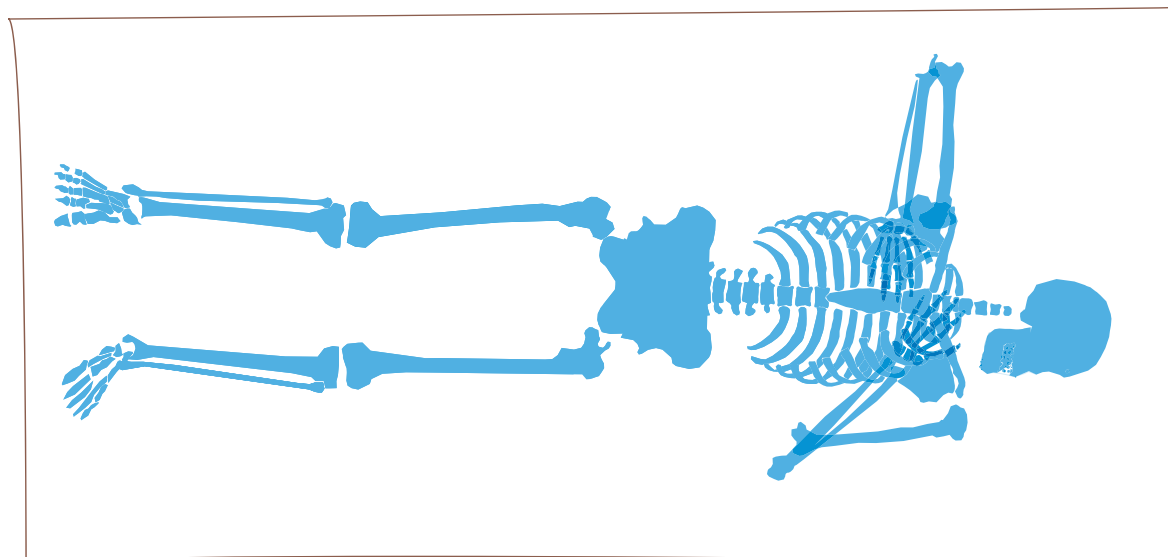


Localización **Antiguo cementerio
de Arahal**

Número
de víctimas **Fase de localización**

Fecha de los
asesinatos **Desde el 22 de julio
de 1936**

Equipo técnico
**Bárbara Carrasco
y Juan Manuel Cano**



Arahal (Sevilla)

Crónica de una sangría interminable

«Un reguero de muerte aplastó a la población tras la muerte de 21 presos derechistas»

Calle abajo, corría la sangre. Arahal (Sevilla) sufrió la crónica de una venganza interminable. El bombardeo de un avión de la base de Tablada precedió al acoso de la artillería y a la entrada a degüello de la columna de Lapatza y Rementería. El 22 de julio del 36 una multitud era retenida y ametrallada, la gente sacada de sus casas, con muertos en cualquier rincón. Hasta que, en plena orgía

criminal, un reguero rojo fluyó por La Corredera. Aquel ensañamiento replicó el asesinato de un puñado de presos derechistas. La población huía bajo el poderoso asedio por tierra y aire, cada cual como pudo, y las autoridades republicanas abrieron la puerta de la cárcel a los 36 detenidos. Pero 22 deciden que el lugar es más seguro que unas calles que huelen a muerte. Un grupo prende fuego al presidio. Todos fallecen, menos uno ■

José María García Márquez

«Una de las mayores venganzas de los sublevados»

«Bombardean el pueblo como si fuera el enemigo y entran como una horda, disparando a todo aquel que tenga pinta de jornalero. Matan a gente por todas partes, disparando a diestro y

siniestro». Sobrecoge el relato que construye José María García Márquez: «la sangre corría por La Corredera, no es una frase tópica». La columna irrumpe sembrando pavor.

Y en pleno caos, arde la cárcel. Una «salvajada» que provoca otra con epicentro en la plaza del pueblo. «Hacen una especie de corral señalado con cuerdas. Dentro hay mucha gente». Enfrente, una ametralladora. La escena se repite un día después. Dos jornadas de fusilamientos masivos. «En La Corredera pusieron una mesa y los militares seleccionaban a los que se podían ir y los que no», que serían ejecutados.

Era la «justicia de la nueva España», la que propagó durante años la muerte de derechistas como paradigma de la «violencia roja» pero obvió la «matanza espantosa» que acumuló entre 500 y 600 víctimas en Arahal. Un pueblo, como escribe en *Las víctimas de la represión militar en la provincia de Sevilla*, que vivió «una de las mayores venganzas que llevaron a cabo los sublevados» ■



*Se oye el golpe en el tronco. Cae la rama.
El mar continuo de la vida brama.*

Leopoldo de Luis



Adamuz (Córdoba)

La muerte (anunciada) de los últimos maquis

Ficha

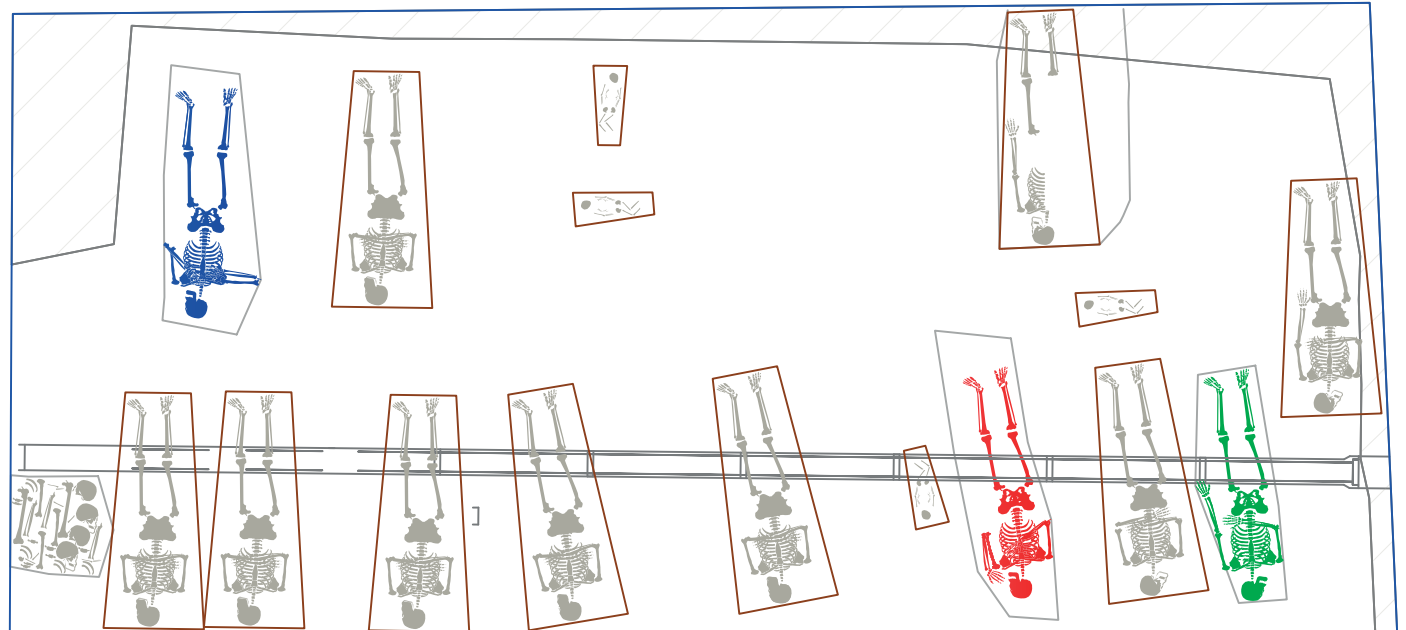


Localización **Cementerio de Adamuz**

Número de víctimas **3**

Fecha de los asesinatos **De abril de 1939 a septiembre de 1949**

Equipo técnico **Andrés Fernández, Cristóbal Alcántara, Juan Fuentes y Miguel Vila**



Adamuz (Córdoba)

La muerte (anunciada) de los últimos maquis

« La partida de Romera es el postrero reducto de resistencia armada antifranquista del que se tiene constancia en la provincia de Córdoba »

A la llamada partida de *Romera*, o a la de *los Jubiles*, les mataron todos sus elementos en una cacería que ocupó a las fuerzas del nuevo orden fascista del año 43 al 49. La postrera resistencia antifranquista luchaba desde Sierra Morena en una guerra extinta una década antes. Como si combatieran aún por un régimen republicano que ya no existía. Como si tuvieran acaso otra posibilidad de vivir. Como si no fueran los últimos maquis andaluces.

Se cuenta que en la fosa común del cementerio de Adamuz (Córdoba) quedaron enterrados más de cuatro decenas de cadáveres. Muchos guerrilleros, otros simples

enlaces y algunos ajenos al empuje de la guerrilla. Ejecutados en incesantes batidas por el monte, en matanzas eliminatorias de todo rastro de oposición.

Claudio Romera estuvo al mando de la 3ª Agrupación del Ejército guerrillero. Al último combatiente le alcanzan «dos disparos de proyectil por la espalda» el 11 de septiembre de 1949, como señalan los expedientes oficiales. El cuerpo inerte de *Romera* queda expuesto dos días en la plaza adamuceña como medida ejemplarizante. Para dejar claro qué ocurría a quién osara cuestionar el poder ganado a sangre y fuego por los rebeldes. Era el final de los maquis. La muerte anunciada de la resistencia armada al franquismo.

Quedan, para la historia de la comarca, una serie de nombres arrojados al fondo de la tierra. Como el de Diego Luque *Lindo*, que deambula sus últimos días como única compañía de *Romera* hasta el 28 de agosto. Cercado por la Guardia Civil, él mismo acaba con su vida. O el de un puñado de «bandoleros», que así los define la nueva España nacida del terror golpista. Combatientes o simples represaliados, resistentes armados o pobres criaturas indefensas. Asesinados, en todo caso. Como Alfonso Sanz *el Corneta*, Antonio Gómez *el Manco*, José López Ayllón y Juan García Serrano. O Pedro Coletto *el Cuco*, Ricardo Molina Pastor o José Antonio Redondo *Once nudos*.

La investigación de la nieta del *Manco*, Guadalupe Martín, abrió la posibilidad de buscar las fosas. Luego llegó el apoyo de otra nieta, la del *Corneta*, Araceli Pena. Los sumarios fueron cruciales al señalar el lugar de las sepulturas ilegales. En diciembre arrancó una nueva fase de un trabajo arqueológico que entre el 27 de julio y el 13 de agosto de 2015 exhumó los restos óseos de tres personas arrojadas de forma individual tras su ejecución. Presentaban evidencias de muerte violenta. Y las autopsias, una frase común: «impactos mortales de bala por la espalda». Muertos a balazos. Y por la espalda ■



Araceli Pena Sanz

« Alfonso Sanz, *el Corneta*, huyó al monte tras ser detenido y su mujer, Leonor Ávila, sufrió «todo tipo de represalias»



Leonor, a punto de morir, «entre brumas y sombras, llorando, hablaba claramente de 'su' Alfonso»

Corría el año 96, casi medio siglo después de que un jornalero al que apodaban *el Corneta* recibiera al menos dos impactos mortales de bala por la espalda. La memoria marchita de Leonor Ávila, con 97 años,

revivía a su marido, Alfonso Sanz Martín. «Entre brumas y sombras, llorando, hablaba claramente de 'su' Alfonso».

Araceli Pena, nieta de ambos, dice que su abuela «nunca relató su historia». Pocas veces «dio pequeños retazos, pinceladas sueltas». Pero en los estertores de la vida, «con una embolia que decían le había hecho perder la cabeza, volvieron los recuerdos». Regresó 'su' Alfonso. La familia, desde entonces, busca los restos óseos. Yacen en una fosa.

Leonor y Alfonso eran «de familias republicanas» y se casaron en 1931, año de proclamación de la Segunda República. «La primera pareja del pueblo» que festejó un matrimonio civil, «lo que les originó que fueran señalados», afirma.

La victoria sublevada hizo brotar «sus penalidades». Detenido en el 39, *el Corneta* logra huir a la sierra y unirse a la partidas de *los Jubiles* y *Romera*. Los maquis, «de gran protagonismo en los años 40 y que actuaban por los montes de Adamuz y

la sierra de Córdoba», apunta Araceli. Alfonso queda inmerso en la guerrilla antifranquista y Leonor sufre «todo tipo de represalias».

Destrozos en el domicilio, «torturas» en la cárcel local. Dos años de prisión por un delito de encubrimiento y auxilio a fugitivos en un procedimiento que la tacha de «persona de mala conducta e ideas antirreligiosas tanto así que contrajo matrimonio civil solamente». El padre de Leonor acaba preso por pertenencia «a los partidos de izquierdas» y tener «un hijo huído a Francia refugiado por marxista y un yerno en la sierra».

El infierno en vida estalla el 23 de agosto del 47. Alfonso cae junto a Pedro Molero en una emboscada en el cerro de Veguetas (Montoro). Los cadáveres quedan expuestos dos días en la plaza del pueblo. Tres días después, una de sus hijas lee la muerte de su padre «en un Diario de Córdoba atrasado». Ya estaba enterrado. Leonor toma un tren a Barcelona con toda su familia. Fallece en Badalona en 1996 recordando a 'su' Alfonso ■



*Qué tristeza este pasar
el caudal de cada día.*

Juan Ramón Jiménez



Puebla de Guzmán (Huelva)

Las rosas cortadas en la Fuente Vieja

Ficha



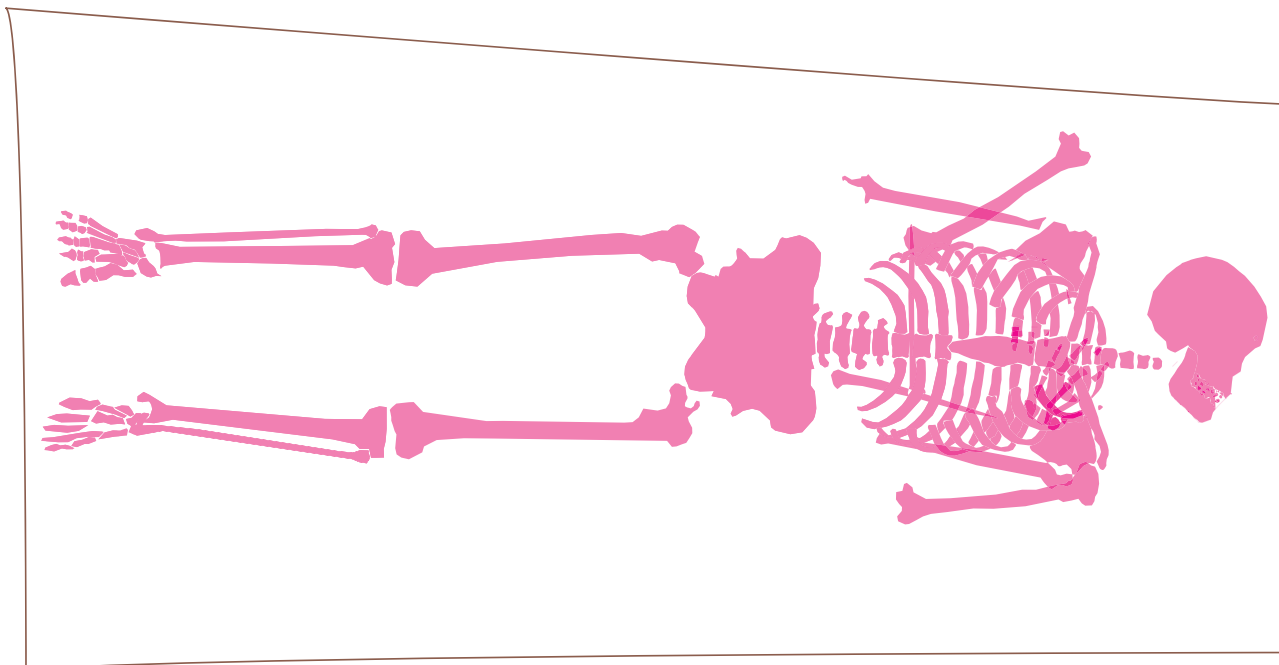
Localización **Antiguo cementerio
de Puebla de Guzmán**

Número
de víctimas **3**

Fecha de los
asesinatos **27 abril de 1938**

Equipo técnico
**Elena Vera,
Juan Manuel Guijo
y Elisabet Conlin**

Imágenes cedidas por
el equipo arqueológico



Las rosas cortadas en la Fuente Vieja

« La represión arrasó con decenas de vidas y entre ellas un grupo de mujeres que fueron secuestradas, vejadas y muertas a balazos »



Ni rastro de las fosas comunes. Desaparecidas, como el alma de aquellas 15 rosas cortadas en la Fuente Vieja. La intervención arqueológica en el antiguo cementerio de Puebla de Guzmán (Huelva) constató que los enterramientos ilegales con víctimas del franquismo que aparecen en el Mapa de Fosas de Andalucía fueron arrasados por la evolución histórica en el uso del camposanto.

No se sabe dónde están los restos. Dónde pudieron acabar. El trabajo del equipo técnico confirmó además que la fosa donde debían yacer las mujeres asesinadas en el pueblo había sido vaciada, removida y rellena con una capa de piedra de pizarra triturada, en modificaciones realizadas entre los años 73 y 74. Tampoco se

sabe qué ocurrió con los asesinados en la conocida como Curva de la Muerte o con otras decenas de fusilados por golpistas en plena represión caliente.

La búsqueda, no obstante, facilitó localizar a tres ejecutados: José Rodríguez Macho, vecino de Tharsis, Esteban Rodríguez Pérez y Lucas Barba Fernández, ambos nativos de Puebla de Guzmán. Habían sido condenados y asesinados el 27 de abril de 1938. Y allí estaban, con evidencias de muerte violenta como orificio de entrada de bala en el cráneo o un proyectil de fusil *Mauser*. El libro de registro del cementerio recoge ese mes otras seis personas pasadas por las armas. Cinco de ellos eran de nacionalidad portuguesa. Enterrados en nichos, aquellas estructuras habían sido desmontadas años atrás ■

La memoria de Pedro *el Sastre*

«Un arma grande de los franquistas fue el olvido, han llegado a desfigurar la realidad de un país. Y sus herederos políticos continúan hoy la tarea», decía José Domínguez Álvarez, conocido como Pedro *el Sastre*. La memoria de Puebla de Guzmán debe todo, o casi, al tesón y la constancia de quien mantuvo viva la historia reciente del pueblo.

El trayecto vital de José Domínguez acabó poco antes de realizar las catas en el cementerio viejo. Con 19 años le escribía cartas a su madre desde el frente —fue reclutado por los sublevados en agosto de 1937—, sin saber que había sido secuestrada y vejada junto a otras mujeres y que recibieron la muerte a tiros en el callejón de la Fuente Vieja. Eran las 15 rosas de Guzmán.

A su padre, los fascistas ya lo habían matado antes. Los golpistas estuvieron esperando a que «saliéramos del pueblo los reclutas para cometer sus bárbaros crímenes», decía *el Sastre*, como recoge el periodista Rafael Moreno en su libro *Perseguidos*. José dedicó una vida a preservar la memoria de sus padres, de las víctimas del franquismo. Y lo logró. Para siempre ■

*Bajo la tierra duermo
como otra raíz de ese árbol que a solas en mí nutro.*

Vicente Aleixandre



El Castillo de las Guardas (Sevilla)

El cuerpo que vela el olvido

Ficha



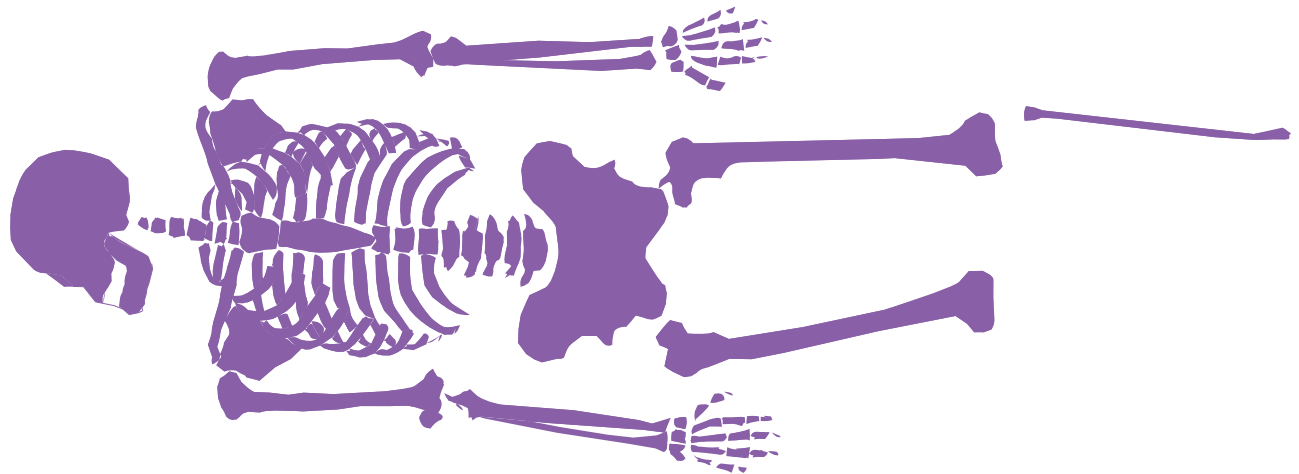
Localización **Antiguo cementerio
de El Castillo**

Número
de víctimas **1**

Fecha de los
asesinatos **A partir de septiembre 1936**

Equipo técnico
**Juan Manuel Guijo,
Bárbara Carrasco
y Juan Carlos Pecero**

Imágenes cedidas por
el equipo arqueológico.



El Castillo de las Guardas (Sevilla)

El cuerpo que vela el olvido

« El comandante Rementería toma el pueblo en agosto del 36 y enciende una matanza que acaba con, al menos, 139 vidas»

Al menos 139 personas fueron asesinadas en El Castillo de las Guardas (Sevilla) y las diversas aldeas que conforman el núcleo poblacional, como Arroyo de la Plata, El Cañuelo o La Aulaga. En plena sierra de Aracena, y después de varios sondeos, el viejo camposanto entregó los restos de una víctima de las fuerzas golpistas.

El contexto socioeconómico estaba marcado por un régimen latifundista donde «una minoría era titular de la riqueza rústica y urbana» mientras el pueblo tra-

bajaba en explotaciones mineras. Tras el golpe de Estado militar, la zona vive acciones convulsas, caso de detención de elementos derechistas, el incendio de la iglesia y una capilla o el asalto a la vivienda del alférez de la Guardia Civil, recoge José María García Márquez en investigaciones como *República, sublevación y represión en El Castillo de las Guardas, 1931-1944*.

El 16 de agosto del 36 el comandante Eduardo Álvarez Rementería toma el pueblo sin resistencia. Muchos dirigentes de partidos y sindicatos de izquierda toman refugio en la sierra, algunos durante años. Ahí tiene lugar gran parte de la represión, con cadáveres que quedan en el lugar de la muerte. La matanza pudo ser, así, mayor a la documentada.

Los diferentes sondeos arqueológicos destapan las múltiples alteraciones del terreno. Las fosas comunes, de existir, habrían quedado afectadas por construcciones municipales e incluso por el uso como basurero de parte del cementerio entre los años 60 y 80.

Una vez que aparecen restos óseos con evidencias de muerte violenta, llega la actuación judicial y de la policía científica. Corroboran, primero, la identificación balística: un proyectil que aparece asociado al cráneo. El forense del juzgado nº 15 solicita a los técnicos apoyo a la tarea de exhumación del esqueleto. Los responsables de la búsqueda, sin embargo, discrepan de los métodos usados. El proceso está paralizado aún, a la espera de que los familiares reclamen el cuerpo ■

« Los sondeos en el antiguo cementerio evidencian las continuas alteraciones de la zona y la desaparición de posibles fosas»



*Una lenta depredación con cruces
asoló las orillas.*

José Manuel Caballero Bonald



Cádiz

Los huesos que reclamaron la puerta del mar

Ficha



Localización **Antiguo cementerio
de Cádiz**

Número
de víctimas **Fase de localización**

Fecha de los
asesinatos **30 de abril de 1937**

Equipo técnico

**Jesús Román,
Jorge Cepillo,
José María Gener,
Rocío Martínez
y Juan Manuel Guijo**



Los huesos que reclamaron la puerta del mar

« Cientos de gaditanos recibieron la muerte a tiros en las tapias del cementerio, la plaza de toros o las fosas de Puerta Tierra »

José María Arauz Vélez



Una isla, una fortaleza, que en manos rebeldes mudó de carácter para convertirse en uno de los primeros baluartes de la victoria franquista. Como frontera marina, el destructor Churruca y el buque Ciudad de Algeciras finiquitan la resistencia popular en la mañana del 19 de julio. Las primeras tropas africanas desembarcan en la península. Y se producen los primeros asesinatos. En Cádiz, ciudad sin guerra, estallaba una fría matanza.

«No hay un estudio definitivo, pero podemos cifrar en una veintena las personas que mueren durante la ocupación», relata José Luis Gutiérrez Molina. «Entrado agosto empieza la limpieza social, como lo definen los propios golpistas, de la población que consideraban enemiga», recuerda el autor de *La justicia del terror. Los consejos de guerra sumarísimos de urgencia de 1937 en Cádiz*.

El asesinato de los «niños rojos» del barrio La Viña

«Estoy aquí como víctima del franquismo y a consecuencia del asesinato de mi tío, Domingo Vélez Clemente», precisa José María Arauz Vélez. Un día prometió dar con sus restos. «Cuando mi madre estaba en el hospital Puerta del Mar, desahuciada y muriéndose, me cogió de la mano y me dijo: José María, no abandones nunca la búsqueda de mi hermano. No he parado», manifiesta.

La tierra rota a golpes por un pico es la firma de ese «compromiso ético, humano» del que José María no se cansa de hablar. Es la única manera, piensa, de curar «el sufrimiento per-

manente que yo observaba en mi casa y que siempre dio este país a los familiares víctimas del terrorismo franquista». Por eso vive «emocionado» el inicio de la exhumación gaditana.

Su tío, recuerda, «era un chaval de 25 años, electricista y con un único delito: defender a los trabajadores como sindicalista de la CNT». Tenía novia y quedó retratado en el consejo sumarísimo al que fue sometido como «uno de esos niños rojos del barrio de La Viña de pantalón azul con mucha campana y gran melena». Con la casa familiar frente al cementerio, «siempre acompañaba a mi madre para ver si en-

Más de 700 personas serían ejecutadas en aquella época de «terror caliente». La mayoría fueron arrojados a la fosa común conocida como 'la piscina', un nombre que refleja las dimensiones de la sepultura. La exhumación arranca ahora con la búsqueda de 16 personas. En el antiguo cementerio, junto a la playa, donde tantos años los huesos reclamaron la puerta del mar.

El trabajo arqueológico llega después de «diez años» en que la Plataforma para la Recuperación de la Memoria Histórica de Cádiz topaba con el «muro» en que se había convertido el Ayuntamiento gaditano, como señala Antonio Chico. Una «lucha constante» en una plaza que vivió «una represión brutal». Como subraya Gutiérrez Molina, «la ciudad de Cádiz debe sentirse orgullosa de que esta intervención se lleve a cabo, por la recuperación y dignificación de los restos de esos gaditanos» ■

contraba a su hermano». Casi llegó «a la locura por esa pasión que tenía por él». Era el barrio «que los señoritos de aquella época tan cruel llamaban el territorio de *los beduinos*». El que fuera más castigado de Cádiz en la represión por «la máquina del terror» que los franquistas usaron, recuerda, «para atemorizar al pueblo».

«Por ahí, detrás de esa tapia, está la tumba de mis padres y de un hermano». Señala en dirección al mar. «Y ahí voy a depositar las cenizas de mi tío, para que esté con su hermana y su familia. Este es nuestro territorio, esa playa con ese horizonte que alumbraba el faro de La Caleta» ■

*Y allí la voz dispuso
que hablase tu silencio.*

Luis Cernuda



Puerto Real (Cádiz)

Testimonio vivo del terror franquista

Ficha

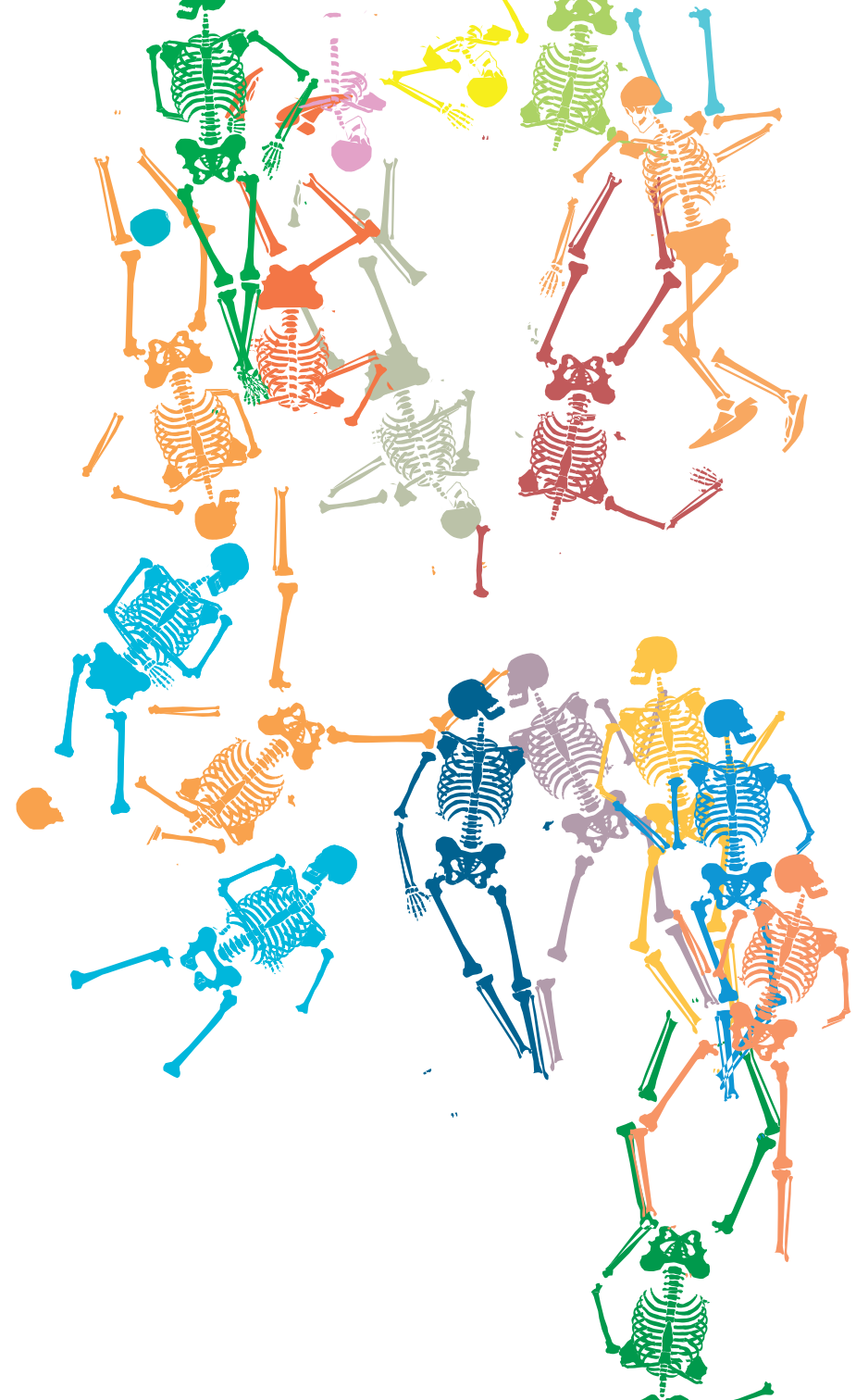


Localización **Cementerio
de Puerto Real**

Número
de víctimas **180 (exhumación en curso)**

Fecha de los
asesinatos **Desde julio de 1936**

Equipo técnico
**Jesús Román,
Juan Manuel Guijo,
y Juan Carlos Pecero**



Puerto Real (Cádiz)

Testimonio vivo del terror franquista

« En la provincia gaditana casi no hubo guerra, pero sí una brutal matanza vengativa perpetrada por los sublevados»

Ni un solo tiro. Para doblegar Puerto Real (Cádiz) no hicieron falta ejércitos ni batallas. Casi toda la provincia cae rápido del lado rebelde. Es pieza clave para el traslado del ejército de África y una de las primeras vías para desangrar la República en la génesis del conflicto bélico. Pero en el pueblo no hubo guerra, ni en tantos otros de la Bahía. Sí una pertinaz matanza que segó de cuajo cientos de vidas bajo el yugo de los sublevados.

Con la aplicación del bando de guerra en la asonada golpista o en consejos sumarísimos, la represión franquista dejó una siniestra huella de muerte. Y un rastro, apenas un surco, en la memoria apagada por la oscuridad de la dictadura, que perdura en el tiempo para propiciar la exhumación de la fosa común del cementerio de San Roque. El número de restos óseos humanos localizados en dos fases asciende a 104 personas. Una tercera intervención prevista elevará la cifra a un número cercano a los 200 asesinados.

Aquel agujero en el camposanto sirvió para arrojar a ejecutados que procedían de San Fernando, El Puerto de Santa María, Cádiz, Chiclana o Puerto Real. Enterrados en cal viva para descomponer los cuerpos. Cuando la tierra deja entrever qué guardó durante décadas... parece estallar en un grito sordo. En pura escena apocalíptica. El teatro del terror llevaba a los ejecutados por la vía del tren hasta el cementerio. Fusilados en la tapia, los cadáveres servían de advertencia a una población que sufrió cualquier matiz vengativo, caso de incautación de bienes, persecución laboral y de género, listas negras o decenas de encausados y pasados por prisión.

La de Puerto Real es la mayor sepultura ilegal con víctimas del franquismo abierta hasta la fecha en la provincia gaditana, a la espera de procesos de mayor calado como serían Jerez de la Frontera o la propia capital. Cádiz alberga un centenar de las más de 600 fosas comunes que salpican Andalucía y en las que yacen enterradas decenas de miles de personas ■



Elena Fernández Muñoz



Mi padre era el alcalde republicano de Puerto Real y quiero encontrar sus restos y enterrarlo

El 22 de agosto del 36 mi madre fue a ver a mi padre al penal de El Puerto y le dijeron que ya no tenía que ir más, que ya no estaba. Lo habían matado. Mi madre regresó con un paquetito con objetos personales, un reloj y alguna cosa más. Unos falangistas detuvieron un mes antes a todos

los concejales y a él, José María Fernández Gómez, que era el alcalde de Puerto Real.

Mi padre se ganaba la vida con el periodismo. Tenía una librería, que se la requisaron cuando la guerra, y trabajó para periódicos como *El Sol* y *El Noticiero*. Y era dueño de una cabe-

cera pequeñita llamada *Juventud* que publicaba en el pueblo una vez al mes. Escribía muy bien.

Lo que hicieron con él fue un asesinato puro y duro, pero yo no quiero venganza. Solo encontrar a mi padre y enterrarlo. Ahí acabará mi lucha ■

Juan Manuel Fernández Roldán

« Me he acordado de mi abuelo desde niño, a través de las lágrimas de mi madre »

Mientras este país no cumpla los derechos humanos no tendrá democracia completa

En esta fosa están mis tres tíos, hermanos de mi madre: Manuel, Juan y



Cayetano. Eran hijos de mi abuelo, Cayetano Roldán Moreno, último alcalde republicano de San Fernando. A todos los mataron. ¿Razones? Ninguna. Estos individuos indignos tenían envidia, fanatismo ideológico... sujetos sin relevancia que de golpe estaban armados y espoleados a asesinar por falangistas... la bajeza humana.

Los alcaldes de Izquierda Republicana le quitaron el poder a las derechas, a la CEDA, por eso fueron a por ellos. Como mi abuelo, que acumuló en su vida una trayectoria de amor al prójimo en el sentido más

humanístico. Un médico entregado a los pobres, a curar y quitar dolor de este mundo. Eso para esa gente, en las antípodas de lo que ellos son, era un insulto.

Mientras este país no cumpla los derechos humanos no tendrá democracia completa. Exigimos justicia, no venganza. En Alemania es inconcebible que haya una fosa común con represaliados por el nazismo. Dice un político que nos acordamos de nuestros muertos por subvenciones. Yo me he acordado de mi abuelo desde niño, a través de las lágrimas de mi madre ■



Ángeles Fernández Roldán

A mi abuelo la gente le conocía como «el médico de los pobres»



Soy nieta de Cayetano Roldán. Creemos que sus hijos están enterrados en esta fosa. El pequeño tenía 20 años, el mayor era médico y el otro maestro. Mi abuelo llevaba unos meses como alcalde. La gente le conocía como 'el médico de los pobres'. Ayudaba a todo el mundo.

El teniente de alcalde tenía una destilería. La familia me contó que los falangistas le prendieron fuego

con él dentro y no le dejaron salir. Lo arrasaron vivo. Cuando su mujer fue a pedir ayuda o lo que fuera que se pedía a Queipo de Llano, para poder seguir adelante, para poder comer, la violó en la mesa del despacho. Eso me dijeron ■

Enrique Fernández Infante

« No reclamo nada, cuatro huesos que podamos enterrar, mi madre me lo encargó y aquí estoy »

Mi abuelo era Andrés Infante Moreno. Desapareció el mes de julio del 36. Mi madre tenía 20 años y fue testigo de cuando se lo llevan en un camión salinero. Lo despidió en la puerta de su casa. En la familia quedó un dolor tremendo. No hay explicación a lo que fue una eliminación sistemática, una limpieza casa por casa, pueblo por pueblo. Una salvajada que ya estaba prediseñada.

Tenemos certeza relativa de que está en la fosa de Puerto Real. Mi padre intentó localizar a su suegro pero había mucho secretismo, mucho miedo. En estas le llamó un señor y le dijo que no buscara más, que aquella noche él fue el conductor del coche que lo traía y fue fusilado aquí. Era un hombre prudente, callado, inteligente... tenía 56 años. Te-

nía pasión por enseñar y fue profesor de la escuela de aprendices de San Carlos.

En el registro aparece como desaparecido y así seguirá hasta que aparezcan sus restos. A este país le reprocho la hipocresía, la escasa voluntad de recuperar a las víctimas. Es una vergüenza. En Europa lo primero es aclarar el pasado. Entendernos, que ya es hora. Por eso me ofende que me digan 'olvidate de eso'. No reclamo nada, cuatro huesos que podamos enterrar. Mi madre me lo encargó y aquí estoy ■







ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE CORIA GRÁFICA
EL 18 DE JULIO DE 2016,
COINCIDIENDO CON EL 80 ANIVERSARIO
DEL GOLPE DE ESTADO CONTRA
LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA.

«Mi hermano enterró a mi padre y a mi madre la vi por última vez subida a un camión, diciéndome adiós. ¿Dolor? Toda la vida»

Antonio López, víctima del franquismo

«La sociedad debería entender que identificar a los desaparecidos y darles sepultura no es sólo un gesto de justicia para los muertos sino de piedad para los vivos»

Reyes Mate, filósofo

